

Andrés Hernández Navarro

**HORIZONTES
NUEVOS**

(Ensayos)

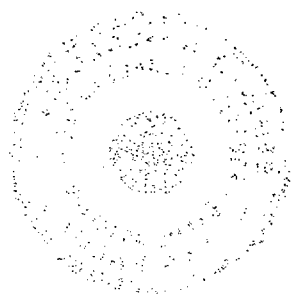
Las Palmas de Gran Canaria

Andrés Hernández Navarro, nació el 24 de marzo de 1.925 en Las Palmas de Gran Canaria, y forma parte de la generación literaria de la postguerra. Es Abogado y pertenece a los Iltres. Colegios de Madrid y Las Palmas, y ejerce su profesión en esta última ciudad, al mismo tiempo que colabora en los periódicos de las Islas desde muy joven. Conferenciante y articulista, este escritor ha tenido siempre especial predilección por el ensayo. Su literatura tiene la inquietud de los temas universales.

123 X

HORIZONTES NUEVOS

(*ENSAYOS*)



JLG 8045

ANDRES HERNANDEZ NAVARRO



HORIZONTES NUEVOS

(ENSAYOS)

P.R. CANARIAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento 109974
N.º Copia 624169



LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

1969

Depósito Legal G. C., 428-1969

Imprenta Lezcano. Paseo de Tomás Morales, 17

prólogo

Antes de escribir esta introducción a mi libro, pensé, si era realmente necesario hacerlo. Porque el que yo recomendase la lectura de lo que sigue, parece lógico, natural e interesado. Presentarme al lector, aparte de la inutilidad de las biografías apasionadas, sería absurdo después de bien cumplidos los cuarenta años. La razón por tanto de estas líneas preliminares, está en querer explicar las motivaciones de este libro, escrito a retazos, pensado en horas dispersas, con ideas que pueden resultar en un momento contradictorias. Sin embargo, y a pesar de la diversidad temática, este libro refleja las ideas, las imágenes, las íntimas sugerencias, que me ha ido produciendo el mundo que me ha correspondido vivir.

Solamente desearía que cuando el tema se vuelve pesimista, piense el lector, que en el fondo de ese pesimismo, queda siempre la huella ilusionada de la propia vida. Vivir ha sido para mí, como para tantos otros, una dura experiencia que ha valido la pena, Querer expresarla en palabras ha sido mi modesto intento, escribiendo de cuantos temas me parecieron interesantes. Muchos de ellos, de los que dejé constancia en la prensa diaria y algunos otros que esperaban, quizá impacientes, ver la luz de la imprenta.

Acaso me falta pedir benevolencia a la crí-

tica; comprensión y disculpas al lector por lo que no digo. Pero me parece desconsolador, en tal sentido, el arrepentimiento tardío. El libro está en la calle; y acepto gustoso la responsabilidad de haberlo escrito, porque es hijo legítimo de mi pensamiento, producto integral de mis ideas.

El autor.

Desde aquella vieja teoría de lo «aparencial», citemos a Heráclito, como lo único verdadero, el hombre se enfrenta con el problema acaso sin resolver, de aceptar por verdadero lo que le ofrecen sus sentidos. La dificultad empieza cuando los medios sensitivos de comunicación humana hacia el exterior resultan variables y hasta contradictorios. El ciego considerará como verdaderas una serie de imágenes totalmente deformadas por la imaginación. Así podríamos ir analizando los distintos sentidos, más despiertos o aletargados, según la sensibilidad personal del sujeto actuante. Resultará evidente que el mundo es una realidad «aparencial», aunque con estructuras reales y auténticas. La verdad está ahí. Lo que bulle en torno nuestro no tiene carácter fantasmal o imaginario. Solamente varía y es diversa la interpretación sensitiva de colores y formas, aspectos y contornos. Descartes se equivocaba al apreciar nuestra existencia a través del pensamiento, porque aunque el hombre no piense ni razone —el caso del demente— no por eso deja de existir y vivir como una realidad sin posibles subterfugios. El mundo no es un juego de imaginación, ni una alterativa ideológica o pensante, sino una realidad deformada y deformable.

La verdad del mundo se presenta de esta

forma sujeta a personales interpretaciones sensitivas. No parece que sea otra la solución, aunque en el fondo nada solucione. Pero aceptar las cosas como son nos ponen en el camino de una teoría del conocimiento, sin excesivos racionalismos, pero también sin empeños inútiles de una filosofía deformadora, optimista, y adecuada a ciertas clases burguesas carentes de imaginación y estímulos. La razón, cuando se utiliza sin cautela o empujada por intereses partidistas o de causa, se convierte en un inteligente diálogo —pirotecnia de palabras— que como las lagunas aparecen estancadas y sin salida posible. La razón entonces no es un argumento, sino que lleva en sí misma la semilla destructiva de las conclusiones de urgencia. La razón en su sentido más amplio aparece diluida, perdida, en los pequeños razonamientos. Razonar es una cualidad humana —por lo menos siempre nos hemos irrogado tal prerrogativa dentro de las especies— pero en cada hombre, al individualizar la cualidad, las diferencias son notables. Pero si la razón la situamos fuera de nosotros, la idealizamos al modo platónico, la habremos desvirtuado, y lo que es más grave, la habremos convertido en una entelequia.

La razón por tanto, es un material variable para uso y abuso del ser pensante. Un elemento asequible dentro de la biología espiritual y material del hombre. De tal forma, que un racionalismo imprudente nos llevaría a conclusiones dispares y por supuesto erróneas. Parece llegada

la hora de que la razón quede situada en su justo término de elemento indispensable, nunca determinante, para el mejor entendimiento del mundo que nos rodea. Ocurre como con la vista o el oído, que tienen límites de alcance. La razón que puede solucionar pequeñas cuestiones cotidianas, no parece suficiente para el entendimiento de problemas ecuménicos o universales. El hombre ha querido ir más allá de sus propias posibilidades, lo que no resta méritos al intento. Las conclusiones filosóficas en torno a la teoría del conocimiento son tan dispares, que por sí mismas ofrecen la evidencia de que es inútil una unidad superior que permita la captación, sin errores, de las verdades razonadas.

Al hombre para vivir le basta en realidad muy poco. Su corta o larga experiencia del mundo le permiten adquirir ciertas conclusiones, elementales, pero prácticas en su medio ambiental. La generosidad o la desconfianza, la envidia o la soberbia, aparecen en mayor o menor escala, según sus innatas cualidades o circunstancias en que se ha visto obligado a vivir. La razón suele ponerla en práctica para obtener ventajas propias. La razón se convierte, a diario, en útil instrumento de dialécticas económicas. El hombre es razonable como condición necesaria para ser admitido en sociedad. La sociedad que no suele tener razón ninguna, rechaza indignada cualquier proposición que no tenga patente de razón utilitaria. La misma intransigencia —que es la afirmación de principios indiscu-

tibles— suele disfrazarse sin aparente menoscabo, de ciertos razonables criterios. La razón convence y la sinrazón crea naturales repulsas. Aunque si analizamos el problema con objetividad, podrá advertirse que lo único que tiene capacidad destructiva en la humanidad es precisamente la razón.

Pero rechazar la razón como medio útil de conocimiento, sería tanto como caer en el absurdo. El absurdo tiene sus consideraciones precisas, bien distintas de las que el mundo suele apreciar. Ahora en 1.969 el absurdo ya no es aquello que rechaza la razón. Porque los nuevos horizontes espaciales, la posibilidad de vida en otros planetas, las nuevas investigaciones y descubrimientos de la ciencia, han ido y van limitando el campo de lo absurdo. Es más lógico afirmar, entonces, que lo absurdo es aquello que comprobado en el mundo de la realidad no resulta posible. Entra en juego la comprobación científica del ser, con escaso terreno deductivo. Porque el absurdo intencionado, en el que se incluyen ciertas actitudes humanas, son a la postre, bastante razonables. El absurdo incluso tiene razón de ser porque sirve de contraste, y hasta de cierta normativa orientadora para la vida del hombre sin complicaciones.

El mundo no es pues una realidad filosófica, idealizada, o una fantasmal apariencia. El mundo es una realidad física, sometida, eso sí, a particulares interpretaciones sensitivas. El instinto contribuye, sin duda a perfilar los matices. El

instinto es la natural conformación del ser biológico hacia su medio ambiente. Huye del frío o del calor, según la medida de su propia adaptación y guiado precisamente por su instinto de la conservación. El origen del hombre y de las especies es un impulso de nacimiento y desarrollo, donde el instinto se convierte en su base fundamental.

Quizá por ello el instinto suele colocarse al otro extremo de la razón. La razón como dominando el instinto o guiándolo por otros caminos más perfectibles. La verdad es muy distinta. Cuando el instinto determina la actitud humana, ninguna intervención razonable se cruza en su camino. La humanidad ha hecho mucho tiempo demasiada confianza en un racionalismo inoperante. Lo instintivo es prudente y parece, como un sexto sentido, donde el hombre advierte cuestiones un tanto alejadas de cualquier raciocinio de su parte. El peligro, el temor, la duda, la enemistad, el amor, el odio, no se razonan, se sienten, como impulsos, la mayoría de las veces, sin intenciones previas ni motivos justificados. La intención y la motivación son dos factores excluyentes del instinto.

humanismo

El tema propuesto tiene la dificultad de la perspectiva, y quizá por eso huya un poco de abordarlo con esa pretensión exhaustiva de los que consideran que lo importante es el dato concreto o la matemática precisión de los conceptos, en un mundo como el nuestro, lleno de imprecisiones, lleno de incógnitas, lleno de temores futuristas, donde todo se hace tan confuso que hasta la propia ciencia, antes rigurosa, busca senderos, no menos sencillos, donde caben los cálculos aproximados y la imaginativa experiencia de los hombres que hacen del saber una especie de monopolio.

No pretendo descubrir ese concepto del humanismo, que tiene su origen clásico en aquellas leyendas griegas y arte de Roma, en aquella filosofía que dejando a un lado raíces mitológicas o funciones divinas, centraba en el hombre la propia trascendencia de la vida y la muerte. El Hombre. Pero no la corta biología aislada, de los que se dice que hacen historia, sino el hombre como producto y artífice, a un mismo tiempo, de lo que hemos venido en llamar civilización y que a estas alturas nos llega una especie de duda cartesiana, de si en realidad estamos viviendo esa civilización o uno de esos tantos períodos de la historia donde impera la ignorancia y la barbarie. Si tenemos ese sentido de

perspectiva, tan esencial en la historia y también en el arte, comprobaremos que basta remontarnos unos siglos en la vida de la humanidad para descubrir, con asombro las ideas de aquel tiempo, y como también ellos pensaron que habían alcanzado una perfección civilizadora. ¿Cómo será juzgado nuestro tiempo y entendida nuestra llamada «civilización» en el porvenir, cuando seamos historia o menos que eso, que es casi nada? ¿Qué representa nuestra época? ¿Dónde está la inquietud presente?

Pero no nos baste encontrar la humillación a la soberbia. Aunque interesante sea abrir el ventanal de nuestro mundo para que entre aires de humildad, la virtud más difícil y con mayores riesgos, humildad que tan necesaria como indispensable parece para que podamos hablar en el mismo lenguaje, para que respetemos nuestras ideas por contrarias y contradictorias que ellas sean, para que aprendamos a decir menos las palabras libertad y caridad pero sepamos aplicarlas con un sentido de justicia humanizada. Humildad para seguir dialogando o para iniciar el diálogo. Hablar fué uno de nuestros grandes dones y hasta el confusionismo de Babel tuvo que surgir para hablar en distintos lenguajes...

Por eso la hora presente tiene un nuevo sentido de humanismo que rebasa su propio concepto, aunque con experiencias, de las que podemos obtener saludables enseñanzas. Aclaremos que la experiencia no se identifica con el

saber o el conocimiento. Los viejos sabios de las tribus primitivas, ya no tienen adecuada aplicación en un mundo donde el saber se aprende, y la experiencia, las más de las veces, sirve de bien poca cosa. El hombre es el único animal —racional le clasifican— que tropieza dos veces en la misma piedra. La historia misma es una sucesión de errores, de tremendos errores, con algunos que otros aciertos. El historiador fiel a su labor investigadora nos va descubriendo guerras y calamidades, decisiones de gobernantes que produjeron el serio conflicto de toda una época, compendiada en lección inabordable para escolares y académicos.

¿Hasta dónde llega o dónde rebasa sus límites el humanismo de la hora presente?

Dijimos que nuestra época, nuestro mundo de hoy tiene un signo marcadamente humanístico y valdría la pena a nuestro propósito concretar en cuanto nos sea posible en qué aspectos del orden social, político, económico, intelectual o artístico surge el humanismo, cuya idea primera ya dimos, y que sería necesario tener en cuenta a la hora de juzgar y revisar este desquiciado mundo que nos ha correspondido vivir, en trance ajeno a la voluntad propia. El hombre de pensamiento está dispuesto a afirmar que cada época de la historia, corresponde a una concepción filosófica y que las ideas son en definitiva, las determinantes de todos los movimientos sociales, políticos y hasta económicos sobre cuyas premisas se debate el planteamiento de la

vida del hombre. Los que con un sentido inductivo del problema, contemplan con preferencia la realidad, el acontecimiento o simplemente el hecho, escueto, como una noticia, defienden el criterio de que la filosofía o el arte constituyen otras tantas expresiones de ese impulso vital y arrollador de la misma vida. Creo que llega el momento de rechazar actitudes parciales, consideraciones unilaterales a las que tan aficionados solemos ser, incapaces en ocasiones de advertir ese sentido universalista que amplía y descubre horizontes de cualquier problema. Pero para completar la visión unitaria de esta concepción del humanismo, desde el mundo de las ideas al mundo de los acontecimientos, trazáramos unas coordenadas colocando en la línea horizontal el acontecimiento y en la ordenada o línea vertical las ideas. Hay un punto de confluencia, el cruce de un encuentro que sería la solución que intercambia, la interdependencia necesaria, que demuestra con matemática precisión que las ideas influyen y deciden los acontecimientos, pero que éstos son máquinas generadoras, propulsores auténticos para la filosofía, para las ideas, para el pensamiento.

Entendemos ahora, a nuestro modo, que el humanismo por participar de la idea y también del acontecimiento, tiene múltiples y recíprocas influencias. En lo social, porque es evidente el afán de hoy por mejorar niveles de vida y ese deseo incontenible de las gentes por disfrutar de todo, privándose de muy pocas cosas y siempre

hasta el límite, no de la prudencia, sino de los medios o recursos propios. En lo político, porque toda doctrina que pretenda la aquiescencia de sectores amplios de la opinión pública centran su teoría en los beneficios que proporciona al hombre, haciendo del hombre cúspide de sus máximas posibilidades. En lo intelectual, porque se estima que todo aquello que se aparte de este nuevo humanismo, tiene un sentido falso, erróneo, y lo que es más grave para las gentes de hoy, no tiene sentido práctico.

En el arte, y concretamente en lo pictórico, el humanismo ha llegado a sus últimas consecuencias, rebuscando hasta en el subconsciente o en la propia abstracción de las ideas, para dar como resultado esas corrientes surrealistas o abstractas, antecedente inmediato a nuestro tiempo.

El hombre de hoy tiene necesidad de controlar el acontecimiento con las ideas, evitando como ocurre que los hechos desborden toda previsión académica. Vivimos momentos difíciles, en esa encrucijada de un nuevo humanismo en peligro de deshumanizarse. La ciencia ha logrado profundizar infinitos espacios. Pero hemos de pensar con humildad, en que el hombre es un corto paréntesis entre dos tiempos. Apenas hemos empezado y ya estamos terminando. Apenas vislumbramos el aire y la luz y el aire se corta y la luz se extingue. Apenas hemos empezado a soñar y el sueño nos sobrecoge en infinitas esperanzas. Apenas este nuevo humanis-

mo de la hora presente, influye en la filosófica concepción de nuestro mundo, cuando ya lo estamos deshumanizando, en la pretensión absurda de lo instintivo. Apenas hemos logrado señalados avances en la civilización y retrocedemos, inconscientemente, a las luchas tribales de hombres primitivos. Apenas empezamos el camino y el camino se pierde para el hombre.

rebeldías

Esta rabiosa sinceridad de hoy, que tiene sus indudables aspectos positivos, nos lleva a analizar las nuevas actitudes del hombre frente a la sociedad o ante los estímulos del arte, el amor o la ciencia. La rebeldía es un denominador común que lo mismo destroza los ídolos del arte tradicional, buscando un sentido antiacadémico que degenera en ese abandono sin esperanzas de los «beatnik».

En la literatura española tenemos siempre a mano el personaje que encarna cualquier idea sugestible o sugestionable. La rebeldía, por ejemplo, tiene su máximo exponente en nuestro señor Don Quijote, de quien hablar siempre resulta nuevo, en esos múltiples aspectos de su concepción distinta... Consideraciones generales de un tema inacabado e inacabable. Don Quijote fué rebelde consigo mismo, con su salud maltrecha y desgastada, con aquellas ama y sobrina que no pudieron sujetarle en su hacienda lejos de andanzas y aventuras. Avido de leer libros de caballería, rebelde con el barbero y el bachiller, y solamente sumiso ante su honor, su ideal amado, ante el recuerdo de Dulcinea, a la que proclama la más bella del mundo «aprieta, aprieta la lanza hasta hacerme perder la vida...».

Don Quijote es la expresión máxima del

humanismo, aunque a veces se deshumanice en la búsqueda de un ideal imposible. Seguramente algo de lo que le pasa a nuestra hora presente. Que a fuerza de llegar al hombre, de centrar en su mundo, toda aspiración y anhelo, rebasa los límites más elementales para llegar a la abstracción, al subconsciente o para convertir en ciencia, nueva ciencia de insospechado campo esas transmisiones de pensamiento a distancia, y que no hace mucho se comentaba la existencia de unos laboratorios de experimentación en Moscú, en relación directa con los avances y descubrimientos de los horizontes espaciales.

Don Quijote es también, como dijimos, expresión máxima de la rebeldía —rebeldía en las ideas y rebeldía en los acontecimientos—. Convierte en belleza insuperable aquella Aldonza Lorenzo que vió una vez en el Toboso, hace escudero y gobernador al bueno de Sancho y convierte a los rebaños en ejércitos y a los molinos en gigantes. ¿Es posible mayor rebeldía que cambiar, que transformar la realidad misma al antojo y empeño de su propio impulso?

dos tiempos

El hombre siempre navega entre dos aguas. La afirmación y la duda. La inquietud y la indiferencia. La verdad y la mentira. El amor y el odio. La generosidad y la envidia. Parece como si fuese necesario esa especie de contrapunto en dos tiempos para buscar el equilibrio espiritual de este ser complicado, el más imperfecto, biológicamente hablando en la escala zoológica de los vertebrados. Pero todo ha sido trazado de tal forma que la apreciación surge en el necesario contraste. El hombre desconocería la felicidad, hasta el punto en que es posible aproximarnos a ella, si no tuviese la evidencia del dolor. Quizá por esta y otras razones, el hombre tiene que alcanzar bastante tiempo de su vida para que se aparezca un sentido natural de conformidad. La impaciencia es propia de la juventud. Llegar pronto y a cualquier parte. Luego, vendrá la convicción de que la paciencia es una virtud, aparte de cristiana —esencialmente importante— uno de los fundamentos lógicos por los que la vida discurre. Desgarrarse las vestiduras queda bien en escenario de tragedia griega. Porque la verdadera tragedia es no admitir la propia realidad con sus avatares. Es necesario también que la humanidad sueñe —la poesía es un arte que enaltece— pero es conveniente —diríamos indispensable— que sepa despertar

a tiempo. Vivimos con pequeñas prórrogas, pero debemos saber que el tiempo es justo y el horario inalterable. Desde esta nueva perspectiva no es rentable la codicia, es absurdo el odio, no tiene razón de ser la mentira, es incomprendible la envidia...

El equilibrio sin embargo se establece. Como una fuente inagotable de posibilidades. Parece como si la humanidad descubriese el bien, como reacción contra el mal. Busca la paz cansada y herida de la guerra. Afirma la convivencia después de advertir que el hombre en solitario se hunde sin remedio. Hasta la generosidad surge, en ocasiones, porque la codicia trae funestas consecuencias. Venimos objetivamente considerando los problemas. Porque el individuo no debe necesitar otros reactivos que su propia conciencia. Pero el mundo de hoy hace de «su conciencia» el más oportuno interés que le afecta. La aplicación de los principios fallan, no por sus saludables consejos, sino por esa interpretación a las propias conveniencias. Lo relativo no está en el mundo, la imperfección no queda en la naturaleza en torno, la debilidad no se comprueba en la arquitectura externa. Lo relativo, lo imperfecto, lo débil está en nosotros mismos. Quizá porque la humanidad ha logrado el conocimiento de los demás seres, ha investigado con afanes superables en los entresijos más complejos de la ciencia, ha logrado acumular historias y hacer de las ideas el juego más difícil y peligroso. Pero sigue ignorándose

a sí misma. Ciertamente que también la ciencia cataloga al hombre y le encasilla. La psicología determina caracteres especiales y circunstancias comunes. Sabemos incluso del cerebro hasta las reacciones incontrolables. Pero todo ello no pasa de ser un cuadro clínico de pacientes observaciones. Labor meritoria la del médico y la del psiquiatra. Pero el camino es largo. Infinitos los escondrijos del alma humana. Nunca acabamos de conocernos nosotros mismos. Las ideas previas fallan ante los instintos. La humanidad necesita no confiarlo todo en una civilización, que resulta inservible para lo más elemental. Estamos como al principio. El conocimiento del hombre. Para descubrir el difícil y arriesgado camino de la vida.

diálogo

La palabra fue siempre un elemento de casi insoslayable dificultad para nuestras gentes: lenguaje ahorrativo de quienes quizás prefieran la proyección constante de una actuación o la simplicidad de un gesto, que sobreentiende un mundo expresivo de intenciones o de propósitos. La palabra es el mejor descubrimiento del hombre en afanes de dialogar con los demás, para entendernos o para no entendernos nunca. Pero cuando estamos convencidos de su eficacia es, cuando, con las menos concesiones posibles a la habitual oratoria de una pirotecnia de artificio, se logra llegar a las masas, concepción un poco desvirtuada en nuestros actuales tiempos. Llegar a minorías más o menos rectoras o con exclusiva de pensamiento parece más sencillo. El público adicto no suele proporcionar ese contraste de pareceres o criterios, tan saludable a la hora de advertir los propios fallos, los propios errores. De aquí que una conferencia en torno al diálogo entre las generaciones, pronunciada hace unos días, sin ánimo de herir la modestia esencial, proporcione unos elementos de juicio, que cualquiera sea la postura o actitud de cada uno frente a problemas comunes, tiene el raro privilegio de convocar, responsablemente, al hombre de nuestras ciudades y de nuestros pueblos, en proyección universal de inquietud permanente.

No bastaría la pretensión crítica en torno a una conferencia magistral. Pero no podemos resistirnos al propósito de destacar cuestión tan importante para el diálogo, como es la humildad señalada. Tema es suyo la humildad como virtud, esencial para entendernos en cristiano. San Agustín siempre actualizado, no es la «Civitas Dei» de afanes filosóficos o teológicos sino en aquellas «Confesiones», que las convierten en preciado documento histórico para los que han hecho de la humildad toda posibilidad superable. Pero si entramos en tema ajeno a una especialidad no alcanzada, ni pretendida es porque esta otra que más directamente nos afecta, no sería posible, ni siquiera intentarla, sin ese argumento indispensable, sin esa arma eficaz y actual de la humildad. Nos referimos al diálogo. Para dialogar es necesario salir de trincheras invulnerables y a cielo descubierto. Vivimos demasiado de prisa y exigencias de nuestra hora impiden, tal vez, que las ideas, tengan el natural remanso de las profundas reflexiones. Pero es indispensable utilizar otra vez la palabra para hacer oír el criterio ajeno. Diálogo entre generaciones, diálogo entre los hombres, no solamente para ponernos de acuerdo en fácil y rutinaria convivencia. Sino para saber que no estamos de acuerdo, para discrepar en lo discutible, para convencernos de la parte de verdad de quien con nosotros polemiza. Y para ello, es necesario, que todos empecemos a practicar la virtud de ser humildes, con el renovado empeño de un mejor aprendizaje.

I

La vida del hombre recibe a veces ese impacto de la medrocridad, que le envuelve y asfixia, en medio de un ambiente poco propicio para cualquier inquietud, como si un aire de pereza intelectual invadiera los recintos más íntimos de las ideas. No es que renunciemos a la inquietud misma o que hayamos abandonado aquel caminar ilusionado de los primeros tiempos. La juventud es el concepto relativo del tiempo. Se sigue siendo joven mientras lo pretendemos, sinceramente... Lo que ocurre es que entramos de forma inconsciente, las más de las veces, en el ambiente rutinario de las horas a plazo fijo, la vulgar tertulia o la jornada de ocho horas, el «film» en serie de la «tele» o el fin de semana en el campo.

El hombre nunca se cansa de repetir su propia historia. Es como el dar vuelta a una noria para llegar siempre al mismo sitio. Llevamos el camino andado, creyendo descubrir nuevos horizontes y de pronto, como Alonso Quijano el bueno, encontramos el retorno de la aldea. Las mismas casas, las huertas y los cobertizos, el «alpénder», con el rumiarse incomprendible de animales. Sin embargo, la naturaleza compensa del paisaje vulgarizado. El amanecer proporciona

el despertar sorprendente de las cosas. Es como si comenzara otra vez la vida. El dolor todavía una quimera, la decepción lejana e inasequible. El amor triunfante y la amistad, por encima de todo, pregonando la lealtad primera como valor máximo de convivencia.

Pero apenas notamos la rutina. Es como un mal endémico que se apodera de la biología espiritual —valga el contraste— del hombre, hasta dejarle inmerso en el mundo inquietante de la colmena. No hay nada más triste que la abeja. Obrera especializada de almacén, con techos bajos. Sin apenas descubrir el sol. Viviendo en una corte, de cortesanos inútiles, donde tampoco faltan los zánganos.

Alguna vez, nos detenemos para comprobar el ambiente en torno. Es como si el pez descubriese de pronto que vive en el agua, en profundidades submarinas, pero que existen otros seres que pueden andar por la tierra a pleno pulmón de oxígeno. Quizá, por ello, el arte sea el impulso que permite luchar a veces contra la rutina. Es como romper los moldes de una realidad para obtener la huída. Es «crear» como concepto nuevo y sugerente. El arte, en su expresión más sincera y menos social. Admitida la comunicación, como bienes que deben transmitirse, pero sin perder nunca la personalidad creadora; el dominio propio de las ideas, sean o no compartidas, sean o no admiradas. La admiración viene luego, nunca el propósito inicial. El arte, por el arte mismo.

La verdad es que pocos se libran de las fuertes ligaduras de la rutina. Hasta la bohemia se hace rutinaria. Y es que el hombre vive, y repite hasta el infinito su inquietud domesticada.

II

La rutina a veces se rompe en festivos acontecimientos o en luctuosos sucesos, como esas mareas altas que cuando chocan contra los acantilados, dejan paso al agua en cortas lagunas o se tienden en rumor de playas solitarias. Vivir también es un pequeño acontecimiento, que vale la pena. Cuando en una especie de atalaya se contempla el reducido mundo de nuestras observaciones. Porque el hombre en su afán de universalismos inconsistentes, llega a la absurda pretensión de estar presenciando, desde su entreabierto ventanal, el mundo que discurre en torno. Pero la realidad es muy distinta. Lo que se observa, lo que se contempla a diario, es el paisaje de un caserío cualquiera, una calle asfaltada y de ventanas grises, o un trozo de huerta con estanque y arboleda. Apenas el rostro familiar de vecindad conocida, o la populosa masa indiferente de las grandes urbes. Luego, el bar de habitual café con leche, el cine del barrio en películas taquilleras o la pequeña pantalla de la televisión con vaqueros o aventuras en serie. Pretendemos abarcar el mundo y todo, a la postre, se reduce a un espacio infinito de cielo y corto de tierra.

La vida sigue. El reloj no se para aunque se repita incansable. Pendiente de su maquinaria, de su complicada maquinaria. Ruedecillas insignificantes. Hasta que cualquiera de ellas se detiene desgastada, o rota en mil pedazos. Vivir es una oportunidad. De la que es conveniente aprovechar el regocijo, la alegre jornada, el día maravilloso de sol. Quizá para comprender mejor los días grises y sin alicientes; el dolor mismo que se agudiza o la inquieta corriente de los ríos con subidas de nivel.

Sin embargo, el ánimo está bien dispuesto. Las posibilidades son muchas. Inagotables. Por eso emprendamos el camino con deportivo sentido de las cosas. El deporte sin desorbitarlo. Si no como creador de una comunidad de propósitos. La civilización al servicio del hombre, nunca lo contrario. Porque muy poco habremos obtenido de la paciente tarea de las generaciones. Perdemos el tiempo, cuando vivimos sin advertirlo.

La vida sigue. Cada día con una nueva enseñanza. Pero que la experiencia, que es el conocer de las cosas, no pueda llevarnos a la egoísta actitud de los indiferentes. La ancianidad no es un problema de años, aunque contribuyan, sino un estado del espíritu. Juventud siempre ilusionada. Cada amanecer distinto. Con un nuevo proyecto. La vida sigue esta vez con nosotros, desandando los caminos y abriendo veredas, tejiendo esperanzas y buscando nuevos horizontes.

crucigramas

Siempre me ha parecido difícil encontrar la palabra adecuada, la frase que se concreta sobre la idea que se difumina, que se pierde en vaguedades. Vivimos un momento de complicados tecnicismos. La economía se transforma en tratados, citas y conceptos a los que la gente de la calle —el peatón de la cultura— encuentra poco menos que inasequible. Quizá ha variado la forma de exteriorizar estos problemas. Quizá el hombre tiene ante sí la actualidad complicada de un mundo con dificultades de entendimiento. El idioma ya no es para comunicarse. El mismo esperanto solamente se universaliza entre determinados sectores. Dialogar siempre tuvo el inconveniente del que habla mucho y también del que hace silencios prolongados. Porque no siempre hemos de inclinar la balanza de posibles culpas sobre el que utiliza el lenguaje en verborrea inútil, sino también en aquel que debiendo decir cosas, calla, otorga callando, acepta en la indiferencia el error ajeno.

El idioma no fue nunca crucigrama. Sino ese medio maravilloso para tratar de entendernos. El aprendizaje de un idioma extranjero es el afán de universalizar, de ampliar ese círculo cada vez más amplio de la relación humana. La sociedad no es una colmena de zánganos, ni tan siquiera de abejas laboriosas. Es sobre todo la

posibilidad de cambiar ideas, de intercambiarlas, no sólo para convencer sino para adquirir la convicción propia de nuestra presencia. El mundo animal sin razón, sin medio discursivo, queda debajo de la escala zoológica en cuyo vértice aparece o debe aparecer el hombre, por la sencilla y poderosa fuerza del intelecto. La abeja es laboriosa pero no se entera. El zángano es inútil salvo en la formación de la colmena, y muere a la postre, sin comprender su finalidad creadora.

Pero el hombre sigue haciendo crucigramas o habla con las palabras cruzadas de un tecnicismo que aturde sin remedio. Quizá porque no tenga nada que decir, y la mejor forma de decirlo, a su modo, es con la palabra confusa o con ese idioma poco expresivo de las minorías que se llaman intelectuales. Teme sin duda, que traducido su escrito o su discurso —que en esto de los discursos se hace mucha pirotecnia de fuegos artificiales— resulte tan vacío y absurdo el contenido, que el medianamente culto, advierte, sin esfuerzo que detrás de la palabra no existe ni tan siquiera una idea aprovechable. Es como esos teatros de títeres, que tanto entusiasmo produce a la infancia, que la desilusión surge inmediata si se descubren los hilos que les mueven desde lo alto, y la mano del hombre tiene que esconderse para que los personajes de la ficción tengan vida propia y marchen en busca de su propio desenlace.

El hombre sigue haciendo crucigramas. El

problema está en poner en otra página de su vida, el resultado, descifrando la incógnita, para que las palabras tengan su justa equivalencia y podamos entendernos en sencillo, vulgar y maravilloso castellano.



Lo curioso es que al principio todo es fácil, el camino se hace sencillo y el hombre piensa que tiene decidido su porvenir. Porvenir donde intervienen los más diversos factores, y donde la voluntad juega el papel pasivo de esperar acontecimientos. A veces el porvenir viene fabricado por las páginas de la historia en blanco. Luis XVI siendo Delfín de Francia ya vió el arribo a un poder que no deseaba, mientras su vocación a la mecánica y a los relojes despertaba sus anhelos más íntimos y ocultos. Bonaparte tuvo que dejar muchas veces arrinconado su talento militar para hacer diplomacia internacional donde tan fácil era vencerle. La historia está llena de contradicciones en la vocación del personaje de turno. Laval, Abogado eminente de París, se transforma en el político del pacto germánico para jugarse la vida, incomprendido, esperando quizá la justicia de la posteridad. El canciller Adenauer tardó años en lograr su máxima aspiración —humildad de propósitos— y era convertirse en el olvidado jardinero de las más bellas rosas. Churchill tuvo que esperar el fin de una guerra y el cambio parlamentario de la opinión pública para escribir memorias y pintar cuadros o viajar en yate de recreo, dialogando entre amigos auténticos. Pero tales personajes, aunque tardíamente algunos alcanzaron el

ideal vocacional. ¿Pero cuántos hombres quedaron con su vocación a medias, ignorados en los rincones más distantes y lugares más apartados del mundo?.

Pero debemos anotar que en el adolescente la vocación no se presenta como una llamada irresistible, casi instintiva, salvo en casos muy limitados o en la vocación del artista, que parece más definida o más impulsiva; o en la vocación religiosa, conventual, donde el alejamiento o el coloquio íntimo parecen tener resonancias infinitas.

Porque el hombre en esa encrucijada de las decisiones, opta las más de las veces por aquello que simplifica su porvenir o abre la puerta del futuro con solo empujarla, entreabierta por ese sentido práctico que a veces decide, sin decidir nada. Otras acepta la circunstancia del dinero escaso, la protección nula o el dilema que plantea ganar la vida, y ganarla para los suyos, a la temprana edad de los proyectos. La vocación sin empezarla y el talento a veces disperso, incontrolado, desbordado, rompiendo murallas como una fuerte corriente que no encuentra los márgenes del río. Perdido para la cultura o el saber, y sin esperanzas.

Y la otra vocación a medias, del que cree estar en lo suyo y alcanzar el firme camino de los objetivos concretos, y de pronto, en un instante cualquiera comprende que su vocación es la música o la literatura, la mecánica o el arte

de la cocina o que prefiere cultivar las flores de un jardín cualquiera donde el amanecer ofrece la bella estampa de su ingenio y de su amor por la naturaleza.

El maestro Azorín, maestro además de humildades literarias, dijo en ocasión cierta que no seguiría escribiendo porque no sabía hacerlo. Quien dominó el idioma hasta el extremo de cortar su habitual verbosidad, entre los puntos certeros de la frase corta, llegó a afirmar tan peregrina como sentida realidad. Y es que nadie se asombre, que hombres como Azorín, a fuerza de manejar el material de la palabra, terminen por dudar de su eficacia... ¿Qué sentiría el gran escritor cuando dejó de escribir? Agotamiento intelectual, falta de fluidez discursiva, hastío... Quede la incógnita para descifrarla por quienes pretendan interpretar las decisiones ajenas. Lo que sí parece cierto es que el hombre que se ha pasado toda su vida o parte de ella escribiendo, tras la pluma que aprisiona la idea, tenga momentos de duda o incertidumbre. ¿Por qué seguir?. ¿Vale la pena seguir escribiendo?. ¿Ha sido mi palabra útil para alguien y tiene esa remota recompensa el justo valor del afán empeñado?.

Pero a poco que el hombre se detenga en la reflexión vocacional de sus cortos méritos, comprende, que quien vive y siente sus propios impulsos va recorriendo el camino pretendido. Claro está que faltan palabras alentadoras y el estímulo apenas surge, las más de las veces, pe-

ro quien escribe logra dar vida y forma a ese mundo extraño y maravilloso de las ideas que pueden expresarse. Lo anecdótico aparece como una consecuencia de relaciones humanas, porque cuando el hombre no hace historia fabrica anécdotas, de aquí que a veces cuando tratamos de buscar en el pasado los valores humanos más auténticos nos quedemos con el anecdotario de tal o cual personaje. Napoleón se recuerda más por sus frases famosas que por sus triunfos militares. Figuras históricas hay que solamente se recuerdan por una palabra, y quizá por eso las palabras, aunque desdeñables en ocasiones, son un poco como la historia de la humanidad, conseguido por ese esfuerzo comunicativo del mensaje de los siglos. Escribir, aunque modesta sea la tarea, tiene mucho de labor notarial del tiempo en que se vive, y quien afirme que la literatura se aparta del rigor de la historia, advierta que lo que venimos en considerar historia auténtica queda desbordada por los impulsos literarios e imaginativos de las generaciones posteriores al acontecimiento descrito. Aún más. La literatura permite embellecer lo que en pura historia sería apenas valedero para escolares de primeras letras.

La historia tiene la ventaja de la distancia. Las figuras estelares de la humanidad —como diría Zweig— ganan en que por altas, inasequibles, ya no se someten a la interpretación personal ni al juicio propio. Y pobre del que arremeta aunque sea con fundamento, contra los

ídolos que la historia consagra, y es que desde que el hombre empieza a conocer el primer libro, ya le dan los nombres de los personajes que debe repetir el resto de su vida, como inevitables para hombres de mediana cultura... ¡y cuánta injusticia! Escritores con mérito hay que nadie recuerda; y otros que debieron olvidarse, y el azar que juega a las marionetas con la vida, les dió pie en la entrada a la historia, que vamos haciendo los hombres, a nuestro antojo, con indudables aciertos pero también con imperdonables errores.

El maestro Azorín tenía razón, en sus temores, en sus dudas sobre seguir escribiendo, aunque no estemos conformes con ese criterio de que el silencio es a veces expresivo —salvo en el diálogo de la calle— porque el silencio es muerte, final de un tiempo, el impulso vocacional deshecho; cuando al hombre le sobran las palabras, y todas fueron dichas.

Cádiz se vuelca en campanas de alabanza para quien hizo de la literatura su más ancha biografía. En un país como el nuestro donde tanto abunda la parquedad al elogio justo, no parece razonable entrar en las pequeñas parcelas de la crítica para enjuiciar en Pemán, su teatro, la prosa de sus artículos y labor periodística, sus guiones de televisión o su aportación poética. Lo que es indudable es que parte de su obra quedará en la antología literaria de nuestro tiempo. Y quizá porque es un autor y escritor discutible. Lástima de aquellos que quedan en vitrinas de recuerdos, indiscutidos, admirados, y muy poco conocidos de los lectores de las nuevas generaciones.

Pero entendamos de una vez que discutir tal o cual faceta del hombre que hace literatura, no equivale a que seamos con él injustos. De la admiración sin límites, la mayoría de las veces interesada, a negar a determinado autor el pan y la sal, hay naturalmente un término medio, que al propio Pemán le parecería bastante aceptable. Es hombre de sensatez reconocida, aparte de su ingenio y ese tono de ironía —que nunca llega al sarcasmo— que suele infundir en los últimos tiempos a sus personajes. Todavía recuerdo una carta de su puño y letra expresándome las gracias por determinados comentarios en

torno a una obra suya, que por lo menos, a mí me parecía de lo mejor que ha escrito a lo largo de su vida literaria. Tiempo siempre para ser cortés y amable, dos cualidades también que por lo visto le adornan, y que excluye todo encono en esta especie de lucha trivial que semeja la vida de hoy. Pemán prefiere el paseo cotidiano por las calles de Cádiz, hasta asomarse al Puerto con trajín de barcos o llegar hasta la tertulia de amigos donde siempre se habla de algún acontecer nacional.

Por eso nos toma la sorpresa en ese homenaje reciente que se le hizo en Cádiz. No por falta de merecimientos. Otros hay que con menos causa es mayor el alboroto. Sino por la forma en que se ha realizado el homenaje. Se le ha levantado un busto o monumento entre flores de un parque. Es posible que haya otros antecedentes. Incluso que la envidia evite que en vida se reconozcan los méritos de los grandes hombres. Pero me hubiese gustado conocer la opinión de Pemán, aparte de aquellas cuartillas leídas en coyuntura ocasional y de obligado protocolo. Hay que dar las gracias, naturalmente. ¿Pero qué piensa el escritor de un busto que se suele otorgar a título póstumo y haciendo justicia a la historia?

Como lo cierto de todo este asunto es que es sentido y auténtico. Resulta, que por primera vez se garantiza el criterio de generaciones venideras, y lo que es más importante: evita olvidos frecuentes, injusticias notorias y polémicas

sin fundamento. Cualquier personaje de Pemán, tal vez aquí Séneca, de trascendente ironía andaluza, podría deducir las naturales ventajas. No habría necesidad en el futuro de los críticos solapados, de los regionalistas a ultranza, ni de los discursos que suelen ser enojosos cuando hacen la semblanza de gentes que han muerto. Pemán se ha evitado los males de la fama póstuma. Ya sabe donde queda su busto querido, con natural relieve, en parque de enamorados y niños. Porque luego cualquier sesión municipal podría cometer serios desaguisados, y a lo mejor, el busto quedaría entre nuevas urbanizaciones, que nada recuerdan ni nada tienen que ver con la memoria exaltada del escritor, en ese caso poco afortunado. Aunque yo también tengo mis dudas sobre las ventajas de los monumentos a los grandes hombres. La piedra cincelada tiene el valor de su propio arte. Muy poco más. El hombre permanece por sus obras. Pemán ya se ha incorporado por propio derecho, a la historia literaria de nuestro país. Y siendo hombre inteligente, poco o nada puede importarle la falta de memoria del mundo venidero, si los personajes de sus obras siguen teniendo, de una u otra forma, carta de naturaleza nacional.

madrileñismo

Carlos Sainz de Robles, tan buen escritor como humorista, deja sus diccionarios greco-latinos para tratar de esa cosa tan escurridiza y espinosa, como es el tema de Madrid en relación con el madrileñismo, para terminar diciendo en esa especie de encuesta que acabamos de leer con cierto retraso, que Madrid es obra de los madrileños, pero que el madrileñismo es obra de ilustres paletos que por la Puerta del Sol se asomaron años ha, como aquel rey de tan justa fama que se llamó Felipe II. Por cierto que en la lista incluye a don Benito Pérez Galdós.

Nosotros admitimos la humorada y hasta ese tono un poco despectivo de Sainz de Robles para los que somos provincianos por cuna y vocación. Pero su argumento, con todas las consideraciones que a su talento se deben, me parece bastante pobre. Madrid, que de verdad queremos después de esta tierra que nos vió nacer, no es una exclusiva de los madrileños, acaso porque como las obras de Goya o los lienzos inmortales del Greco, tienen carta de universalidad, con sello nacional inconfundible. ¿Inconvenientes?. ¿Dificultades?. Creo que no, como lo cree en el fondo el propio escritor citado. Porque esos «paletos» ilustres son hasta cierto punto artífices del Madrid que conocemos, que otra cosa es el madrileñismo de exportación y folklórico. No valen

distingos. Madrid, para su gloria, es un poco de todos nosotros y acaso en ello resida su mayor fuerza espiritual y sugestiva. Y es que sin perder su carácter propio, se entrega al provinciano, hasta darle carta de ciudadanía, residente con derecho a metro, tranvías y colas.

Que no venga ahora el señor Sainz de Robles a saltar la tradición o defender los fueros de la partida de nacimiento. Porque pocos escritores nacionales conocieron mejor la Plaza Mayor y el Rastro, la plaza de la Cebada y la calle Toledo que aquel taciturno y bonachón de Don Benito, en las andanzas de Fortunata y Jacinta. No es justo, a estas alturas, aferrarse a criterios que suenan a provincianos de verdad. Porque se puede ser de la mayor capital del mundo y seguir siendo paleta, que tal adjetivo cumple y bien para designar, no sólo al preguntón que se orienta, sino aquel que no es capaz de perder el pelo de la dehesa, aunque viva en la propia villa. Que la cultura y el espíritu sirven, hasta en el rincón más apartado, para soñar en grande, y Madrid —le guste o no al señor Sainz de Robles— es un monumento nacional que nos pertenece a todos.

El madrileñismo no lo han hecho los paletos, y sigo utilizando su especial lenguaje en esta ocasión, ni la propaganda trasnochada... El Madrid que conocemos —no el de los bosques del siglo XVIII— es una obra que se debe a todos los españoles, aunque algunos sobresalieron en la tarea desde aquel Felipe II de su recorda-

ción más o menos oportuna. Hasta esa frase «de Madrid al cielo» es un poco del provinciano que añora el arribo a una de las capitales más bellas y atrayentes. Pero como dije en cierta ocasión —y por cierto en el Hogar Canario de Madrid con motivo de una conferencia—, si es verdad que «de Madrid al cielo», cuando se llega a las Islas Canarias, ya podéis decir que habéis llegado al paraíso.

De la estación del ferrocarril al centro de Salamanca existe alguna distancia, que se hace preciso cubrir en uno de los coches que se esperan a la llegada del tren.

Esta separación, incómoda a primera vista, proporciona a las ciudades españolas una ventaja indiscutible, con los futuros ensanchamientos urbanos y con el trazado de nuevas calles; ya que en todo ese trayecto se empieza a edificar con la intención de tener los medios de transporte al alcance de la mano, proporcionando al visitante una visión más directa de la ciudad.

La Plaza Mayor es digna de admirar por su sentido proporcionado de la armonía, de justo equilibrio arquitectónico. Nos produce una extraña sensación de sosiego, como si las piedras de los edificios fuesen parte integrante de la naturaleza con ausencia del factor humano. Todas las ventanas y balcones, innumerables, que circundan la Plaza son exactamente iguales —formas simétricas— igual en colorido, igual en tamaño. No existe una nota discordante. Nada desentona. Es como un inmenso coro que haya logrado la justeza en las voces, donde ninguna sobresale para lograr la mejor armonía del conjunto.

Al entrar en el detalle pude contemplar los interesantes medallones, ovalados, que graban

en piedra los rostros de monarcas castellanos y aragoneses. Los Austrias, Pizarro, El Cid, y otras figuras legendarias de la historia nacional.

Más allá la calle que conduce a la Catedral y a la vieja Universidad, a través de los arcos de los portales. La Universidad salmantina, tan unida a la vida intelectual española. El Aula, de venerables maderas, en donde un día resonaron las doctas palabras de Fray Luis de León, renovadoras de intenciones, cerrando la enseñanza de una prolongada ausencia. Aulas en las que aprendieron Humanidades los discípulos de Unamuno, forjando cerebros más que simples archivos de datos y fechas en abusos memorísticos. Porque Unamuno descubre nuevos horizontes en el pensar de la Hispanidad, por la sencilla razón de no ajustarse a módulos viejos e inflexibles. Supo conjugar lo antiguo y lo moderno en el crisol de un espíritu inquieto y original. Es la fórmula de las grandes concepciones, creadora de una obra universal, en las que el genio de la raza deslumbra con luz propia —como auténtico sol— en medio de las constelaciones que forman el pensamiento humano.

Universidad literaria, dice el rótulo de la artística fachada, de este viejo caserón salmantino. Gravedad de ideas, con el bello ropaje de la forma bajo la enseñanza sabia de generaciones selectas. El patio con profusión de cristales por los que vi antiguas inscripciones, descoloridas, de frases latinas que señalaron quizá algún acon-

tecimiento solemne. Es difícil —y yo me rindo al esfuerzo— recoger en unas palabras la sensación que produce en mi ánimo estos viejos edificios de Salamanca. ¡Tan pequeños en el espacio y tan universales en el tiempo!

Cerca, la Catedral, con su mole gigantesca frente a la plaza pequeña, rodeada de escalinatas... Las piedras cinceladas en encajes, representativas de escenas evangélicas. Y el silencio majestuoso del interior, en donde nuestros pasos resuenan con temblores de peregrino; porque auténtica peregrinación de Arte representa la visita a Salamanca. Ya dijo Cervantes en «El Licenciado Vidriera» que nadie quiere marchar de aquí después de conocer la ciudad, circunstancia que se destaca en lápida de mármol, en las mismas paredes de la Universidad. Porque Salamanca es un derroche de belleza arquitectónica en el sereno pasear de su embrujo callejero.



La historia es inalterable como ciertas reliquias de los museos, porque al menor contacto, a la investigación más atrevida, se deshace en las mil interpretaciones que cada cual le concede según sus preferencias. No ocurre lo mismo con las ideas, porque si éstas no adquieren la jugosa interpretación de la actualidad, quedan tan rezagadas e inoperantes, que resultan solamente aptas para los exámenes de memoria de un bachiller que pretende de paso acreditar la bien ganada formación intelectual de sus inicios en los textos filosóficos. Ser progresista como bandera que se enarbola sobre las cuestiones del espíritu, es, en verdad, ser muy poca cosa, porque el progreso no es algo que se pregona con programas de mano, sino que es problema vital al hombre que quiera vivir incluido en las corrientes de su siglo.

Otra cosa, naturalmente, son las preferencias que el lector de hoy pueda tener sobre los textos clásicos y sobre lo cual influyen las circunstancias de la propia formación, la vocación por ciertos temas, y la coincidencia con ciertos puntos de vista que pueden ser más o menos acertados. Julián Mariás, que es uno de los pocos que en la actualidad practican el ensayo filosófico, al referirse a Ortega afirma que existe un afán por superarlo con pretensión de conside-

rarle una pasada gloria nacional, mas dice el escritor al respecto: «A mí me parecería excelente superar a Ortega e ir más allá de él, cuanto más allá mejor; pero con una sola condición: que se hiciera». (1). Porque en línea constante y ascendente del progreso, lo importante es superar a la idea, unas veces transformándola, y las más, proporcionándole nuevos matices y aspectos hasta conseguir una auténtica y recta visión del mundo actualizado. Nosotros siempre nos planteamos el problema de la auténtica filosofía española que Julián Marías estima, en la citada obra, se debe en gran parte a Ortega, algo así, y utilizamos una expresión suya como «nuestro ingreso histórico en la filosofía». Más exacto nos parece decir que Ortega tiene tal influencia en los escritores, filósofos y generaciones posteriores a la suya, que muchas frases, formas y conceptos, aún los contrarios a su pensamiento, tienen una raíz de notable influencia orteguiana. En nuestro país se ha practicado sobre todo el ensayo filosófico, que es una especie de antesala a la Filosofía, lo que marca el sello hispánico de nuestras inquietudes, un poco distantes de los métodos y los estudios sistemáticos, que no coinciden con nuestras vocaciones intelectuales.

Por eso consideramos que dentro de esa valoración es preciso situar a Ortega, sin desorbitarlo dentro de las líneas más exactas de su influencia. Lo realmente importante es superar a Ortega, contradecirle o estudiarle, circunstancias ambas que sirven para inmortalizar una

obra, porque aquellos a quienes el silencio rodea, aquellos que no tienen dialéctica, hondura de pensamiento y zonas de influencias como para no ser combatidos, son retazos históricos para vitrinas de museo. Las ideas necesitan ser superadas, para no experimentar esos estancamientos putrefactos de lagunas sin renovación de aguas, sin impulsos de corrientes. El ensayo filosófico es una buena escuela. Lástima que no se practique con mayor interés en las generaciones que pueden superar la idea de ayer, hasta lograr que Ortega sea simplemente eso: un recuerdo valioso de la historia y del ensayo filosófico, en nuestro mundo hispánico.

(1) Julián Marías. «El futuro de Ortega». Ensayo. 1956.

I

En el silencio de esta terraza voy trazando en mi memoria los recuerdos de una aburrida infancia, entre lecciones de cosas y tosferina, de una infancia que pudo ser más alegre entre juegos de parque y castillos de arena. Luego, eso sí, las escapadas veraniegas que nos ponían en contacto con la madre naturaleza, correteando por las empinadas cuestas, con olores de geranios y yerbahuerto, con alegres tintineos de campanillas... Volver a esta tierra, agreste en ocasiones, otras apacibles y exuberante, es regresar a un mundo que nunca pude olvidar en sus menores detalles, en sus acusados perfiles. ¡Gran Canaria amada! La lejanía no puede borrar ni la silueta de sus montañas, ni sus valles, ni sus viñedos y frutales. Como el luminoso faro de la Isleta. Como el Roque Nublo, enhiesto y simbólico. Como las campanas catedralicias en el regazo de la señorial Vegueta. Todos los caminos, las luces, el campo, los recuerdos, son como un sendero anchuroso que nos conduce hacia nuestra Isla.

A esta terraza llega el sol de estos meses, espléndido, triunfante, mientras la nieve y el frío azotan en otras latitudes. Una pequeña brisa asciende por las palmeras que se agitan leve-

mente, con sus gigantescos brazos, que languidecen sobre el enorme tronco. La palmera en este oasis de la Isla, que es la Isla entera. El mar queda lejos. Y también los arenales...

La terraza cuelga sobre un jardín. Lástima que los árboles y las flores no lleguen hasta aquí como el mejor mensaje de nuestra tierra. Es el contraste de las montañas con los valles. Las montañas son generalmente áridas, de impresión volcánica, mientras que los valles son propicios para los extensos platanales, para la ciruela rezumante de nuestros huertos, para el llamativo papayo, para el níspero jugoso, para la rica naranja de la Higuera Canaria, para el «tuno» y el áspero aguacate, para el viñedo, el néctar prodigioso del Monte.

La Isla es una enciclopedia agrícola. Los nombres de frutos variados y exóticos se sirven en la mesa canaria. Las hortalizas variadísimas se exhiben en nuestro clásico «puchero» desde la piña a la col, en esa mezcla que prefiero picante, con el regalo colorista del vinagre.

El sol de esta tarde cae de lleno en la terraza. Luego vendrán días de lluvia, yo los espero en beneficio de nuestro campo, pero nadie puede evitar la impresión de luces y colores que me produce el paisaje que contemplo. Es recrear mi memoria con imágenes guardadas celosamente, un día tras otro, cuando Canarias era sólo una nostalgia, una canción escuchada ansiosamente desde Radio Nacional, una tertulia de paisanos

que hablaban del «gofio» o de Teror, de Guía, de Arucas, de Telde o Gáldar...

Las mañanas me sorprenden en el lento despertar de este rincón de nuestra ciudad. El atardecer en Vegueta, con sus calles de hondo sabor castellano, o en el Puerto, junto al rumor de los barcos en la plácida quietud de la bahía, evocador de aquellos versos de Tomás Morales que recordaba a mis amigos, como la mejor descripción que ha podido hacerse sobre el Puerto, «con sus faroles rojos en la noche calina»... «lento compás de remos en el confín perdido»... Y aquel su arrebatado lirismo por el mar, por la Isla, por sus costas.

Y en este regreso vuelvo a ponerme en contacto con la naturaleza isleña, sorprendente, en los áridos exteriores, en los miradores de la montaña, en la pródiga riqueza de sus huertos. Nada encuentro similar en belleza a estas tierras. Sé que incurro en manifiesta parcialidad. Pero nada existe más acogedor que nuestro hogar, rutinario a veces, otras mediocre, pero siempre nuestro. Y eso basta.

II

Nunca como hoy había sentido tan de cerca la presencia de nuestro Puerto, con ese ajeteo de los buques que llegan, y de otros, que se alejan del faro de la Isleta, bajo los impulsos del mar. A determinadas horas de la noche muchas personas se acercan al corazón de nuestra Isla, para luego seguir viaje, con una idea borrosa de la corta estancia. Sólo recuerdan la expresión somnolienta del vigilante y la charla obsequiosa del vendedor de baratijas. Y es posible que al día siguiente, en alta mar, pregunte a cualquier oficial sobre las Islas, en un idioma tan extraño, como sus palabras, sus costumbres; y terminada la travesía, tal vez ese mismo pasajero, contará a sus amistades el paso fugaz y nocturno por las Afortunadas.

La entrada de los buques en nuestra bahía, a fuerza de contemplarlo desde la infancia, pierde interés, novedad, aliciente, para los que afeerrados a estas costas no pudieron dejarlas ni un solo momento. Pero a los que hemos vivido, año tras año, sin ver el mar, sin sentir el olor penetrante del salitre, este espectáculo, este escenario grandioso de los muelles, recobra su atracción primitiva; reviviendo imágenes, actualizando recuerdos.

El Puerto durante el día se siente impulsado por una corriente humana que surge de la ciudad. Los vendedores marítimos que acuden con sus mercancías para exhibirlas al visitante y al turista, ese hombre que hoy viaja discutiendo los precios; y detrás de ellos, la corte confusa y abigarrada de cargadores, taxistas, intérpretes y mozos.

De noche, es la ciudad la que siente y percibe la constante presencia del Puerto, con movimientos de grúas y voces de sirena. Miles de ojos, que son las luces de los diques, contemplan la llegada del forastero, mientras la ciudad duerme. Las lonas que cubren los ceretos de tomates o las piñas de plátanos, vueltas al aire, recortan la panzuda fisonomía de estas noches con viento del sur, o semejan, las gigantescas velas de cualquier nave extraviada. Sólo el Puerto no conoce el descanso, sin puertas ni cerrojos. Con la luz centelleante, alentadora, del faro, señalando el camino del refugio.

Por las peripecias del viaje, he pasado por ciudades que no pude conocer, por la brevedad de la estancia, ni lejanamente vislumbrar el caserío o la plaza mayor. Esto sucede frecuentemente viajando en los trenes. De ciudades con históricos monumentos, sólo conocimos el humo de la estación o la cocina improvisada de los restaurantes. Y sin embargo, tan cerca de la línea férrea, quedaba la silueta de una ciudad que caprichosamente hemos imaginado. Y quizá sea mejor así.

De esos pueblos, que no conocimos, y estuvimos tan próximos, hemos creado un mundo que sabe de nostalgias, de cielos sin estrellas, de soledad y ausencias. Como el pasajero que llega de noche a nuestro Puerto, y no conoce el brillante amanecer de las Islas, donde el sol es rey de la naturaleza; y como Neptuno, surge de las aguas. Para iluminar, cada jornada, la primera y hermosa visión de esta tierra.



la alameda

III

Todos los días, camino de la Catedral o de la Plaza de Santa Ana, veo sentado en un banco de piedra a un anciano, de venerable aspecto, que desde aquel sitio contempla a la gente ir y venir por las aceras. Alguna vez no le encuentro, y me paro un momento, reflexiono sobre su suerte, extraño su ausencia, y sigo mi camino. El anciano es ya parte esencial de este trozo de la ciudad. Su presencia nos recuerda la antigüedad de estos rincones, y nos trae sugerencias vivas del pasado.

Desde aquel su mirador habitual, nos contempla pasar por la Plazoleta de Cairasco, con manifiesta indiferencia. Sus ojos, de un azul intenso, escudriñan más allá de estas rápidas visiones callejeras; quizá esté pensando en otras tierras, o en aquella juventud perdida cuando la Alameda era corretear alegre de infantiles jornadas; el salto de la comba o el infatigable «yo-yo», que se desliza y retorna a nuestras manos.

Frente a la Alameda, antaño, con curiosidad manifiesta, pudo ver a los hombres de ayer, que hoy son parte de la historia insular. A don Domingo José Navarro, con su maletín de médico en la visita diaria de los enfermos. A López Botas, camino del Ayuntamiento, centro de la po-

lítica local; al Doctor D. Gregorio Chil que marcha al Museo Canario para seguir los estudios iniciados el día anterior. A los hermanos Millares, que acuden presurosos a sus conocidas reuniones literarias y artísticas... Sí, este anciano debió conocer a muchos hombres de nuestro glorioso pasado. Pero parece guardarlo, celosamente, en el archivo prodigioso de la memoria. Y todo logrado desde un mirador al alcance de cualquiera, la vieja Alameda de Colón, proyectada sobre la vida de este hombre, como un singular refugio, que le pone en contacto con el mundo exterior de la ciudad.

Más allá el Puente de piedra, la entrada a la vieja Vegueta, el barrio castellano con sus callejuelas y sus casonas señoriales. El campanario, los sones musicales de la Catedral, que más de una vez debió detener el paso del inolvidable «Fray Lesco», camino de los expedientes y de los escritos del Juzgado. Las palomas, en el amplio regazo de la Plaza de Santa Ana, los perros de bronce.

La Alameda, es como un gran puesto de vigía, frente al portalón que une lo antiguo con lo moderno. El anciano lo sabe. Viene todas las mañanas a su puesto en el banco de piedra; y también es posible que al mediodía marche desilusionado, al contemplar, a una gente que desconoce. Seguramente, se extrañará de los hombres de hoy; de estas camisas de colores llamativos, de este aire veraniego en el centro mismo de Las Palmas, y de esos turistas de pantalones

cortos, que obtienen fotografías de cualquier esquina.

Por eso este anciano, de semblante triste y afectuoso, se encuentra ausente de cuanto sucede a su alrededor. Su mirada, como el azul del océano, sigue escudriñando el pasado. Y no encuentra lo que busca.

noche en la ciudad

IV

La hora de la noche es avanzada. Mi calle hacia un extremo no tiene salida. Yo diría que vivo en pleno campo de no escuchar por las mañanas las voces de los repartidores, y esta impresión, un tanto nocturna, aumenta si cabe, con el ruido de los grillos y el verdor de unas plataneras, que se extienden más allá de una tapia de ladrillos y cemento. Los grillos en nuestra Isla entonan su canción monótona y aburrida, no solo en los campos, sino también en la ciudad. En los patios de cualquier casa antigua o en los bordes de las aceras.

Como nos sucede en multitud de ocasiones, gozamos de la distancia. El grillo sólo agrada escucharle desde su guarida del patio, o de su rincón callejero. Como las cantantes, sopranos de festival benéfico, a veces es preferible escucharlas por la radio. Así es posible soñar.

Aquí he vuelto a escuchar los ladridos del perro, que hace guardia desde cualquier azotea vecina. Las azoteas en Canarias son parte esencial de la casa, y, ya lo reune todo, verdadera fortuna del tiempo presente, si tiene también mirador. En las tierras de climas extremos, es un lujo imposible. Don Eduardo Aunós sostenía en uno de sus libros, no recuerdo la cita exacta, que

se sentía feliz al regresar al mirador de su casa veraniega en Levante. Nosotros, por privilegio del clima, prolongamos el verano, que se exterioriza en la falta de mesas-camillas, radiadores de calefacción y braseros. En cambio abundan las azoteas y los miradores. El sol no lo buscamos en el calor del mediodía. Tenemos que huir de él.

Estas noches, tan silenciosas en este rincón de la ciudad, se deslizan sin pena ni gloria, entre sueños apacibles y serenatas de terco madrugador. Recientemente nos recordaba, en un artículo, Juan Carlos Villacorta, al escribir sobre ese tema tan actual del tiempo y de las horas que «todas hieren, la última mata», según reza la inscripción de un reloj de Castilla. Creo que como frase es un tanto aceptable. Pero yo sé de horas que no dejaron la huella de un simple rasguño. Seguramente las peores. Porque son las horas que aburren, inundando de tedio los resquicios de nuestro pensamiento. No son aquellas horas, verdaderas avanzadillas de la vida, que conocen el ardor de la lucha. Ni esas otras, grises, anónimas, del descanso. Permanecen entre ellas sin definirse, sin un aliciente que les sirva de estímulo.

Los grillos vuelven a oirse, ahora con más insistencia, con esa musiquilla vulgarmente callejera. En estas horas de la noche parecen recobrar el dominio de su mezquina naturaleza. Todo está tan maravillosamente ordenado, que hasta ellos encuentran medios de hacerse oír. Y cumplen fielmente su misión.

I

Es imposible recoger con exactitud en las páginas de cualquier historia los propios recuerdos, o las emociones que en la sensibilidad humana producen los paisajes. Por eso de la bella ciudad lagunera, quienes han podido interpretarla han sido los poetas que amaron esa tierra tinerfeña; unos, por haber nacido a la sombra del Teide, y otros, por haber vivido algunos años junto al rumor de las palmeras del Paseo Largo o junto a las rosas y los geranios del Paseo de San Diego.

No puedo escribir de La Laguna sin recordar su paisaje, inconfundible, como esa neblina, tenue y acariciante, que sube por las portezuelas del viejo tranvía, que parecía subir de puntillas por los gastados raíles, para asomarse al ventanal abierto de un mundo juvenil, que son los estudiantes que llegan con las primeras ilusiones del texto recién abierto, como la promesa de una novia que espera el fin de carrera. No puedo hablar de La Laguna con la fría reflexión de quien hace unas descripciones con afanes de turismo. No puedo ni debo hacerlo. Porque esa ciudad supo ganar mi afecto, como a otros muchos, que por azar llegaron un día, ya lejano, y que por las mismas circunstancias tuvieron que

dejarla para siempre, porque la juventud se pierde, como se pierde la ilusión por cada amanecer. Acaso acertase César González-Ruano, cuando afirmaba que la juventud es un trámite inexcusable para alcanzar la madurez. Pero que sentimos se aleje de nosotros, porque ella representó nuestra alegría y señaló la vocación de nuestro propio destino.

La Laguna es la Plaza del Cristo con rumor de rezos y pirotecnia de fuegos artificiales. La Laguna es la calle de la Carrera con requiebros de estudiantes y paseos de comparsa. La Laguna es el camino de San Diego con voces de ausencia y olores de tierra húmeda. La Laguna son sus campanarios que repican con sonos de esquilas sobre el atardecer de la vega.

Sobre el recuerdo se construye como si el terreno fuese tierra movediza. Más que la distancia, el tiempo borra y hace imprecisas las siluetas de cosas amadas, que siempre nos atraen con sus voces de sirena. Pero si las fisonomías se olvidan o éstas se transforman, el paisaje logra la permanencia de un ayer que lo fué todo, con ausencia de luchas enconadas y con la generosa ofrenda de los veinte años. Conocer alguna vez a esa hermosa ciudad es ya quererla para siempre. Tan próximo todo y, sin embargo, ¡qué distante resulta!

Pero no podríamos conocer La Laguna sin saber de esos versos escritos en cualquier taberna, sobre la gruesa pared de un cuartucho con fuerte olor a viñedo. Donde el paisaje se difumi-

na y ensancha mientras rasguea una guitarra y se oyen las notas, lentas y acompasadas, de una «isa».

Luego, las casas de huéspedes y las pensiones en cualquier callejón, donde viven durante la jornada de invierno los estudiantes. No conozco la nueva Universidad. Pero sí recuerdo el caserón de la calle de San Agustín. Una calle donde el césped brota entre destartalados adoquines. Sé de la ausencia de profesores como don Heraclio Sánchez y don José Escobedo, cuya muerte sentida recordaba no hace muchos días. Pero el tiempo sigue y hemos de preparar la próxima jornada. Porque los estudiantes vuelven a ocupar los puestos que antes eran nuestros; y donde una vez grabamos nuestro nombre con el filo de una navaja.

La Laguna representó todo el impulso de nuestra juventud. Por eso, su lejanía sólo puede producirnos la nostalgia de aquellas cosas que perdemos para siempre. Sólo queda el recuerdo de un hermoso paisaje, inconfundible, como esa neblina, tenue y acariciante, que sube por las portezuelas del viejo tranvía.

II

Por La Laguna sentí siempre la atracción de los años mozos, cuando el jubiloso empuje de los libros de textos universitarios trazan la lección inolvidable de la juventud. Mas aquella ciudad universitaria que conocí entonces, antes

de la aventura de otras tierras y paisajes me resulta distinta, aunque no menos bella, y debe ser por la Universidad, porque la vieja, escalones y blasones nobiliarios esculpidos en piedra, hoy permanece abandonada. Seguramente los cristales de las ventanas se conservan íntegros y el piso reluce con aires de mármol o de buen mosaico pero yo prefiero aquellos pisos crujientes, vacilantes, de madera, y aquellos pupitres que podían conservar la anécdota siempre renovada de la grey estudiantil. La Laguna, la visión rauda de los comercios de la calle de la Carrera, el casino, escalinatas que se inician desde la calle, el teatro Leal, las dulcerías ofreciendo el notable obsequio de una buena repostería; más allá la plaza de los patos, el camino de San Diego... Lo que no he podido volver a recordar por la visión directa, lo ofrece la imaginación que sigue por el Paseo Largo, entre palmeras y jardines hasta la inolvidable carretera de Tejina. Alguna vez he soñado con vivir a la senectud por estos contornos, cultivando las flores, admirando el atardecer lagunero cuando las campanas catedralicias invitan a hondas y profundas reflexiones, sobre el paso del tiempo y las horas...

Me agradecería venir con más tiempo para recordar los rincones, las plazas y las avenidas de esta ciudad universitaria, pero hemos de seguir viaje hacia La Orotava y el Puerto de la Cruz, para llegar junto a los pies de este coloso de los montes, el altivo Teide, que surge entre

los cruces de la carretera, para dominar el mar y la naturaleza.

El Aeropuerto de Los Rodeos queda hacia la izquierda, entre señales de aterrizajes y esperas de pasajeros con maletas y prisas, mientras enfrente se desdibuja un paisaje bucólico, las ovejas que saltan por los riscos en busca de pastos y el «gañán» que observa vigilante la escena. Una parada para probar la «tapa» de palomas salvajes en merendero próximo y el vino de Tacoronte. Atrás vamos dejando La Matanza, el Sauzal, Tacoronte... y la costa se descubre en maravillosa perspectiva. Abajo, como la proa de un barco que busca la rompiente, surge el Puerto de la Cruz, que se extiende por la espalda hacia lo alto en busca del valle de La Orotava; extenso platanal donde el colorido juega a la tarde bajo las sombras del Teide. Recuerdo el sosiego señorial de La Orotava, y aquellos bailes universitarios del Liceo, riqueza de flores, es decir de belleza. Pero captemos la realidad, que es la carretera que nos lleva desde La Laguna a La Orotava; una carretera pródiga a la arboleda y a la casa campesina canaria, y estas variaciones de clima que hacen de cada isla un continente, porque a la bruma, a la lluvia ligera y escasa, deja paso el sol más al norte. Y entre los árboles, se descubre de vez en cuando, el horizonte infinito del mar, que nos trae la nostalgia inevitable del mundo de ayer.



puerto de la cruz

Del sosiego y la paz rumorosa de los campos hizo el hombre el pequeño Olimpo de su felicidad. Acaso por ello Zeus, al repartir los reinos, dejó para Hades —Plutón en la mitología romana— el reino tenebroso de los fondos subterráneos, aquellos que vigilaba Cerbero, el perro de las tres cabezas, y reservó para sí la luz, los campos, el árbol que hunde sus raíces en la tierra y el ganado que brinca por los apriscos y busca los pastos del valle. Acaso por igual motivo, Zeus intervino cerca de Plutón, para que Perséfone, a quien aquél había raptado, saliese del reino sin luz durante tres cuartas partes del año —en la mitología griega era el símbolo de la Naturaleza que vuelve a florecer— hasta que, llegado el invierno, dejaba el Olimpo para retornar junto a su esposo, a quien los antiguos temían, de tal forma, que pocas representaciones suyas existen, pese a la inclinación escultórica y artística de los griegos.

Mas, si el tema de la mitología surge y el Olimpo fué reino de dioses, donde los manjares eran ambrosía y néctar la bebida, a nadie debe extrañar después del tiempo, su vigencia, cuando el mito se deshace al contacto de la historia y la leyenda sigue siendo hermosa narración para pequeños... Porque todos llevamos dentro una parte de la felicidad, que se desbor-

da cuando del exterior surgen los bellos motivos del paisaje. Escribo recién llegado del Puerto de la Cruz. No he tomado notas ni apuntes del natural. Casi no hace falta, porque traigo la visión paradisiaca del valle de La Orotava, que remata la gigantesca mole del Teide, vigilante, colgado sobre las nubes, cuando las brumas bajan hacia la costa y se difuminan en el horizonte para ir descubriendo los mil detalles de una naturaleza pintoresca y atrayente, el caserío que deja una nota de color rojiza, blanca, sobre el valle, donde el platanar gime al viento del norte.

Los hoteles se prodigan al turismo en la Avenida Marítima —«Las Vegas», «Tenerife-Playa», «Bélgica», «Valle-Mar»—. Sentiría dejar alguno fuera de la relación, porque todos son grandes hoteles y la visita se brinda confortable, siempre grata. Otras cosas se van logrando y deben lograrse, mas quienes rigen el destino turístico del Puerto, concepto amplio, universal, tienen del problema, y nosotros nos limitamos a alentarlos. Porque el turismo es camino del porvenir para nuestras Islas Afortunadas.

Nuevos turistas van llegando en los autobuses de las Agencias de Viajes, pese a la estación, que suele ser menos propicia que el invierno. La piscina se refracta en luces. Los toldos, hundidos en el césped, buscan la sombra mientras llega la hora del aperitivo. El platanar está próximo, junto a las modernas edificaciones; el localismo, junto a lo universal; lo tradicional junto a lo moderno, dos mundos que se entre-

cruzan en este Puerto de la Cruz lleno siempre de sugerencias. Estamos en la «barra» de un bar moderno, donde el gin-fiz, los combinados y el whisky trazan la nota de bebidas exóticas y, de pronto, una playa aislada; unas barcas duermen cerca del oleaje, en espera de jornadas marineras interminables; encuentro del hombre y el mar por los caminos más esforzados de la lucha cotidiana. El recuerdo, también próximo, va tomando notas, si el buen tiempo —como dicen en las corridas de toros— lo permite.

intelectuales

Siempre he pensado que el hombre pierde el tiempo en muchas cosas y más aún los que se enfrascan —valga la palabra más a menos académica— en la inútil palabra de un café con tertulia... Pero la palabra cuando es bien intencionada, deportiva, como ahora se dice, vale la pena de que tome el aire de la calle, salga del gabinete que fabrica lo que venimos en llamar la clase intelectual y sirva de pretexto para decir al vecino o al amigo lo que estamos pensando o soñando. Charlar en la tertulia es —pueden ustedes creerlo— un lujo que como todos los lujos no conduce a ninguna parte. Admira cómo algunos toman la cosa tan en serio, al discutir sobre un defensa central o los millones que se pagaron por tal o cual futbolista, y que cuando menos se espera deja a los demás con la palabra entre dientes y sale a toda prisa, sin despedirse, aunque a la tarde del día siguiente sea el más puntual a la reunión habitual de la mesa redonda...

Como la anterior alusión a la clase intelectual puede dejar las cosas a medias, más vale aclararlo, porque nunca me agradó eso de tirarse al agua y guardar la ropa, sino que cuando necesario sea, vayamos al agua con zapatos y todo, para llamar las cosas por su nombre. Digo que la clase intelectual fabrica palabras de labo-

ratorio, a veces tan poco útiles como las que oímos en esas tertulias de café; y ello por la razón comprensible de que, por lo menos un sector que se llama intelectual, vive al margen de la realidad que discurre por la calle. Porque siempre pensé que el don de la inteligencia y los beneficios de la cultura deben tener un carácter social, o lo que es lo mismo, deben volver al seno de la sociedad que los produjo.

No es tolerable tanta bomba H y tantos medios destructivos que aplicados a la salud o a la curación del cáncer, pongo por caso, podrían resultar un beneficio indudable para la humanidad doliente, para esa que tiene esperanzas en clínicas y hospitales. No es tolerable que en el siglo XX, después del arribo de múltiples civilizaciones, tengamos días de inquietud y peligro, como ese día que con malos presagios se habló de una posible guerra nuclear ante el conflicto de Cuba. No es tolerable que la indiferencia invada el alma, con egoísmos, para olvidar los principios más elementales de la vida cristiana.

¡Ah! Pero, ¿qué pueden hacer los intelectuales ante un estado de cosas inevitables? ¿Qué podría hacer un modesto escritor que no tiene más patrimonio que su pluma?... Clavarla en el propio corazón y escuchar su latido. Porque de nada valen las inteligencias, ni las ideas, ni los pensamientos más altos, si no se tiene la humildad de ponerlo todo al servicio de la colectividad en que vivimos. Humildad, sí, pensando

que las gentes necesitan unos de otros, hasta en las tertulias más inútiles de un café. Que no es posible proclamar la supremacía de la vieja Europa en el orden de la cultura, si no somos capaces de actualizarla, revisando valores, para ponerla al servicio de los hombres de hoy.

Acaso salí de los linderos del tema propuesto. El lector sabrá disculparme y hasta perdonarme. Hay momentos en que rompo las torres de marfil y dejo el laboratorio, aunque siempre pienso que esto de escribir no es oficio, ni rutina, sino algo muy importante. La de proclamar nuestra verdad, verdad a medias, porque el hombre también tiene el privilegio de equivocarse.

Creo que cada hombre, en cualquier acto de su vida pone de manifiesto su conformismo aburguesado o su inquietud revisionista de la historia. El hombre es un ser adaptable, como ciertas flores a la tierra que fecundiza, o muere en el empeño del que nunca deja crecer raíces... Entre el quietismo absurdo y la inquietud absorbente, pudiéramos hallar ese justo equilibrio de la historia con perspectiva, tratando de encontrar una tercera fórmula, que no quedara entre medias tintas, y fuera en definitiva capaz de proporcionarnos el acontecer más objetivo del pasado, lejos de la crítica histórica y del humanismo apasionado. Porque es lamentable que por un afán desmedido de crear ídolos de barro, quizá los valores de la cultura en la cúspide de la soberbia humana, pretendamos construir la historia en su amplio sentido bajo la formal interpretación de acontecimientos...

Ya dijimos en ocasión anterior que por un sentido desbordante de jerarquizar valores, el hombre consagra, desde el primer libro que llega a sus manos, una serie de nombres y personajes que ya debe recordar el resto de su vida y con manifiesta injusticia. Porque es tan injusto olvidar lo que vale como exaltar lo superfluo o lo inútil. Por eso un espíritu revisionista, que no destructor, se impone no solamente en el hom-

bre que investiga, que tal materia es ajena a nuestro propósito, sino en el hombre de la calle, porque en nuestro mundo de hoy, quizá por la prisa en que viven las gentes, se acepta la cultura vulgarizada en dosis más o menos masivas. La cultura pasa por la grave crisis universal de la indiferencia. Ciertamente que hoy se venden libros en lujosas ediciones, pero apenas se logra el propósito auténtico. Las máquinas-robots ya son superiores al hombre cuando de fijar datos se trata, con esa memoria que nunca falla del fichero metálico, pero al hombre queda su último recurso si no quiere perecer bajo el peso de su propia obra. Volver a los viejos métodos discursivos, hacer de las ideas no un reducto de intelectuales, con afanes polémicos, sino una vital exigencia de nuestros tiempos.

Pero ¿existe verdadera crisis de la cultura? ¿No es cierto que hay un número elevado de estudiantes que acuden a las Universidades, Escuelas especiales, etc. etc.? El propio Ortega ya señaló esa presencia de la masa en las aulas universitarias. Seamos sinceros. Siguen siendo las minorías las que conservan y custodian los valores de la cultura y la ciencia. Porque la mayoría sólo piensa en el porvenir seguro, en la rentabilidad del tiempo, que a la postre proporciona gente idónea al cometido social, y de ahí su innegable interés... Pero, ¿y el peligro de adocenarse?, ese quietismo de ideas, que apenas mueve la piedra concéntrica en las aguas estancadas de un pozo de cultura, sin apenas vida.

Es necesario contrastar ideas, sostener la polémica con nobles impulsos, revisar la historia sin menoscabo para sus artífices, admitir la verdad sin paliativos, y proporcionar a la juventud la versión sincera de nuestras virtudes pero también de nuestros errores.

En el prólogo a una obra del alemán Leopoldo Von Ranke, se afirma —ni quito ni pongo palabra— al tratar de un historiador cuya fama le había proporcionado traducir su obra a todas las lenguas, que «Ranke demuestra que las páginas de Guicciardini fueron recopiladas sin el menor espíritu crítico, a base de otros libros y pone de manifiesto cómo en ellas aparecen desfigurados importantes hechos, cambiando el sentido de las cosas...». Idolos de barro, que a veces el tiempo hace caer de sus pedestales, pero otras le concede altura en la distancia. No admitimos ni rechazamos el aserto, y solamente lo recogemos como sintomático del error, de que la cultura puede desaparecer bajo la ignorancia de los pueblos, pero también en la grave indiferencia de hombres que se llaman cultos y sin ideas propias; en ese trágico momento de un mundo que lleva prisa sin conocer su destino; en ese afán de construir hombres máquinas no de crear seres humanizados, capaces de regir sus propias vidas; en ese empeño de una civilización a punto de desmoronarse...

la vieja inglaterra

No hace mucho don José María Pemán en un artículo bien escrito, como casi todo lo suyo, hacía cábalas sobre la intrincada economía, donde los números resultan un arte y los términos y tecnicismos auténtico crucigrama, y todo ello porque el señor Pemán sigue prefiriendo la literatura, que no será práctica ni contable, sus rentas son modestas y la pluma es siempre fecunda de responsabilidades ante el lector que lee despacio, aprende unas veces, se siente crítico en otras y se aburre o se distrae según sus condiciones culturales o la dosis de amenidad del que escribe.

Saltando fronteras hacia otros escritores universales, Rudyard Kipling es algo así como un exponente literario de la vieja Inglaterra, apegada a sus tradiciones, creando el mito junto a la historia, amalgama prodigiosa que tal valiera por ello uno de esos codiciados premios Nóbel de la Academia sueca. Puck, la novela que más recientemente he leído es la historia de unos niños junto al viejo roble de la tradición, donde el río trae las mismas notas y rumores de antaño, cuando sajones y normandos trazaban el signo de la lucha por conquistar terrenos y pueblos. Puck es el viejo de larga barba y experiencia, que surge de improviso, entre los arbustos del río para contar sus hazañas, cuan-

do el asombro tiene su expresión más sencilla en los niños y la historia vieja de Inglaterra se desarrolla entre sombras fantasmales de castillo medieval. Walter Scott podría poner el resto, el trazo fino de una literatura caballerescas y legendaria, mas en Rudyard Kipling influye otro factor, y son sus duendes entre neblinas británicas, y hasta la intervención directa de lo imposible, ese factor literario solamente reservado a los poetas, a los que sueñan, a los que hacen de la rutina y la mediocridad el impulso siempre joven y renovado de la ilusiones. Porque este novelista inglés comprende que el mundo más asombroso es de los niños y los traslada a las regiones más distantes, donde todo es posible, hasta las narraciones fantásticas, junto al viejo roble y la encina, donde tiene su esbozo una tragedia de Shakespeare.

Kipling ha escogido entre los impulsos infantiles, aquello que más distingue y separa al niño del mundo de los mayores, y es que el hombre a fuerza de números pierde y deja en el camino la ilusionada espera de un personaje tan extraño y sugerente como Puck, que se limita a narrar historias viejas; esas que solían comentarse en baja voz, durante los días más recios del invierno, cuando todavía no existía la radio, ni la televisión, ni el cine, y las gentes aguardaban la llegada de la primavera para recoger unas flores en cualquier camino, y el mundo era tan infantil e ingenuo como el propio Puck de nuestra historia.

felicidad

Ortega y Gasset nos da una definición parcial de la felicidad. «Felicidad es —dice— la vida dedicada a ocupaciones para las cuales cada hombre tiene singular vocación». Consagrar las horas de la existencia a aquello que más agrade, por vocación —que es innato— o por formación —que es lo aprendido— puede resultar grato, amable, y de hecho sucede así en el diario tejer de la vida. Pero alcanzar la felicidad, en un sentido absoluto, rotundo, con plenitud de existencia, es tanto como afirmar la utopía y engañarnos nosotros mismos con las apariencias del bienestar.

A muchos ocurre que al reflexionar sobre las ventajas de determinada posición social o económica, añaden sin titubeos el predominio de la felicidad. Tal o cual persona es feliz —suele comentarse— porque dispone de grandes medios de fortuna. El dinero, como todos los demás atributos del poder, son un estímulo en la noble ambición de los que desean superarse, ¡pero qué lejos está la felicidad de todo esto!

Basta para comprobarlo con que ahondemos un poco en el problema. La ambición es una cualidad y un defecto. Cualidad en cuanto es fuente de progreso. Defecto, porque excluye de su concepto toda idea de felicidad. Ambicionar es sentir una inquietud constante, que hace

al hombre participe de las agitaciones más violentas, de las luchas más encarnizadas. Conceptos todos ellos, que agonizan con el de felicidad, que es armonía y abundancia. Para el ambicioso, lo logrado hoy tiene que rebasarse mañana, ya que si existe el objetivo, éste se aleja a medida que más avanza hacia el límite propuesto. Cuando logra una fortuna, ya empieza a pensar en el logro de nuevos beneficios, alejando de sí toda posibilidad de dicha y bienestar. Ideas que no son la felicidad misma, aunque se parecen mucho a ella.

La historia de los tiempos felices está aún inédita por falta de material, y creo que también la historia del hombre feliz. La felicidad, en este mundo que no conoce el sentido de la medida, es tan pasajera como las mismas horas que lo relatan. Es como el despuntar de una aurora, que se hace mañana, con plenitud de sol, sin apenas dejarnos tiempo en la contemplación del paisaje. El tiempo, que es el mortal enemigo de la felicidad, haciendo de ella algo variable, inútil, y por tanto indefinible.

* * *

¿Pero existe un concepto fijo o existen varios sobre este tema? Creo que de la felicidad tiene cada hombre una imagen distinta, a la que contribuye una serie de circunstancias de la más variada índole. No sabemos quién acierta. En definitiva de lo que se trata es de lograr una situación transitoria, que se va modificando en

virtud de una acción interna, como ley inexorable de la naturaleza humana. El exterior apenas si influye. El hombre cuenta con un potencial de ilusiones, —que si no malgasta y derrocha— puede ser la mejor imagen de la felicidad. Por esto la dificultad de aceptar definiciones universales. Ortega y Gasset nos dió una admirable definición, pero sólo aplicable a sí mismo como pensador y también como persona, compatible por un sector de la opinión. Dedicarse a ocupaciones para las cuales se tiene singulares aficiones, es lograr el marco adecuado de la rutina. Significa perder el impulso de conquista por el logro de esas mismas ocupaciones. Equivale a destrozarse la ilusión de la huída, en el monótono quehacer que nos envuelve cada día.

La afición, las vocaciones, cuando se convierten en «ocupación» —que es oficio— pierde su particular encanto de cosa ilusionada para ser trabajo vulgar. Las mejores obras de arte fueron aquellas que no conocieron la medida del dinero, y que fueron creadas para dar rienda suelta a una vocación, quizá desconocida. Constituyó la huída del trabajo cotidiano, exento de belleza, que hace más natural su acercamiento en las primeras oportunidades. Porque no hay mejor forma de sentir el arte, que su obligada ausencia; como no hay mejor manera de amar la felicidad que sentir de cerca la desgracia.

Creo que es algo racial esto de empeñarse en indagar el porvenir, sin bola de cristal ni estrellas de complicadas constelaciones, y regiones hay hacia el mundo asiático donde el porvenir es algo que obsesiona, y no falta quien lo vaticina en las formas más extrañas e insospechadas... Pero vamos a intentar distinguir conceptos. Pronostica quien considera con cierta seguridad lo que va a ocurrir. El acertijo es lanzar cualquier pronóstico sin seguridad alguna, por si ocurre. Por eso creo que los canarios preferimos este último sistema. El acertijo es muy de nuestra tierra. ¿Sabes quién soy?, en la clásica llamada telefónica con «suspense»... o esa otra frase ¿no sabes lo que pasa? El acertijo gusta al isleño porque tiene intriga, es un poco dejar a la gente con la atención suspendida del hilo del diálogo, que se cruza con socarrona intención pero con singular agudeza.

Esto de los pronósticos se ha puesto de actualidad en cualquier aspecto de la vida. El deporte se vuelve pronóstico en el quinielista afortunado o en el «hincha» que siempre sabe de antemano el equipo que va a obtener la victoria. Claro está que luego surge el error, que la equivocación es kilométrica, pero para eso también tiene ingenio el hombre que se conforma con su suerte, una vez conocida. Porque tiene múltiples

argumentos que justifican su fallo. Que si él creyó al principio lo contrario, que si podía ser o no podía ser, que él lo dijo por casualidad, que estaba en lo cierto pero tal o cual equipo perdió sin razón... El hombre tiene derroche de ingenio aunque a veces le falte esa notable consecuencia consigo mismo. Vivimos pronosticando, lanzando acertijos, y cuando alguna vez estamos en lo cierto lo pregonamos a los cuatro vientos y vamos a visitar al que nos contradijo, para repetirle hasta el cansancio... ¡Tú ves cómo tenía razón!

Pero la verdad es que cuando los fallos se extienden y las equivocaciones son muchas, preferimos ni pronosticar ni acertar sobre el porvenir. Quizás también porque estos afanes del hombre se relacionan directamente con su edad. Cuando estamos a mitad del camino optamos por el presente, nos aferramos al día que vivimos, contamos las horas y el futuro, lo dejamos en manos de pronosticadores y magos de las estrellas... Que ellos opinen lo que quieran, que hagan sus cálculos con o sin matemáticas, que los nuestros están hechos. Que la vida tiene el dulce reflejo de vivirse intensamente, soñando en actualidades... El joven sueña con su porvenir. El anciano habla de su pasado. Pero el hombre que está a mitad del tiempo, vive en presente sus problemas, ni hora más tarde ni un minuto más pronto. Allí quieto, inmóvil en su horario.

Todo el mundo quiere pronosticar y acer-

tar. Sin embargo, anótese que quien más absurdo piensa a veces es el que más razón tiene. Lo que viene a demostrarnos que ni la razón ni lo razonable entra en juego, en este azar de la vida. La lotería, por serlo, no tiene números preferidos... Sin embargo, es tentador esto de pronosticar y salirnos con nuestro empeño. El que aconseja casi siempre lo hace porque estima preferible y venturoso lo que señala como acertado en su criterio. Pero, ¿quién acierta?, ¿quién sabe descubrir lo que mañana ocurra, ni tan siquiera el acontecimiento más próximo?... El pronóstico es presuntuoso mientras que el acertijo es el humilde deseo de estar una vez en lo cierto.

Casi sin darnos cuenta, como ese humo agonizante que llena de pronto una habitación cerrada donde la gente fuma, vamos llenando la vida del rutinario concepto de las cosas hechas. Nos levantamos, a la hora de siempre salvo excepciones de viaje, y advertimos el cielo color plomizo de las jornadas de invierno o el sol que conforta a los viejos y los niños. Luego, la salida, como un luchador al campo abierto donde los hombres discuten de todo, por discutir de algo, con reminiscencias infantiles de quien posee mejores juguetes... Se discute de precios —el dinero es tema central de conversaciones— y hasta de literatura, los más románticos, escasos ya que por el mundo existen. Se habla de negocios y de exportaciones, de tráfico portuarios, y del coche nuevo que se espera a la primera de cambio.

La tarde decae, y acaso la siesta para un nuevo despertar más lento. Hay quien estudia, con afanes de aprender siempre y no falta quien no lee ni las hojas de los almanaques, con sus extraños pronósticos y chistes de rigor. Existe quien lo sabe todo, por no saber nada, y tiene el raro arte de poder hablar horas enteras sin dejar en nosotros ninguna idea clara. Y es que tenemos en la diaria contemplación una fauna abundante, donde los loros se cuelgan plumas

ajenas. Porque hablar fué siempre un arte cuando se dice algo, cuando se logra exponer una idea, con base en lo espontáneo y sencillo. Mas asombra el que logra hablar mucho y no decir nada. Artista de circo con pirueta literaria. Faena de torero, con afeites de mihura que no daña. Paso ligero y sin huella, que es como caminar sobre alfombras.

La noche es más íntima, al reposo y el libro que cabecean los sueños hasta caer de las manos, como una despedida. La luz corta de la lámpara de mesa, que es como la última defensa contra las sombras, y por fin la noche sin término, semejante parece, cuando el silencio llega al cerebro para no inquietarle o las sombras surgen confusas en intrincado problema de escaleras, como un cerebro loco, donde las aguas han roto el dique... Retazos de vida y muerte. Alguien que conocemos que sube al pequeño escenario, sólo por un momento. Sigue hablando con palabras mudas y gestos ciegos. No acabamos de entender, ni entenderemos, hasta que huye el sueño y se abren los párpados, como una ventana con viejas persianas. Estamos aquí, donde siempre... La lámpara sin luz, el libro en el suelo, los cigarrillos a mano y las zapatillas. La rutina empieza, como una trampa que nos aprisiona. ¿Estamos soñando aún?... No tenemos tiempo de pensarlo. Nos esperan. Ya sonó la primera llamada del teléfono. Un momento, por favor. Otra vez acabaré estas reflexiones. Me espera, mi rutina.

I

Se prodiga en exceso una feroz crítica contra la juventud de hoy, olvidando, con intención o sin ella, lo que tiene de bueno y saludable... La gente joven quiere divertirse, y baila esa cosa extraña que llaman twist, que es algo parecido a intentar apagar un cigarrillo en el suelo, con frotación de cintura utilizando imaginaria toalla; el madison, un poco revista con saltos de vez en cuando o la música «pop», electrizante. La gente joven quiere divertirse y eso en principio no tiene nada de malo o de particular, porque las generaciones anteriores —no tengan tan mala memoria— también eran optimistas, y sabían distinguir lo que era saludable o pernicioso para las costumbres.

No vale aquello de considerar a las nuevas generaciones en un gamberrismo colectivo, entre otras cosas, porque hay una juventud estudiosa, universitaria, con un nivel y preocupación por los libros bastante más alto que aquellos de la algarada y de las ausencias permanentes de las aulas, que todo pretendían resolverlo con las buenas amistades de papá... Hoy la juventud tiene sus errores, como antaño, pero sigue siendo la juventud generosa de siempre, la que sabe decir las cosas a cara descubierta, sin caretas de

sociedades corrompidas; sin mentiras ni buenas formas de consumado hipócrita que muestra la sonrisa mientras clava el puñal por la espalda.

Además, es cómodo echar las culpas sobre la juventud, que pocas veces o nunca sabe defenderse; y es que no solamente se heredan los bienes materiales en esa confusa lucha que producen los intereses; la herencia alcanza a los bienes espirituales y morales de la sociedad. Empecemos los padres de familia por ser exigentes con nosotros mismos, que el ejemplo cuando se advierte en el hogar, es no solamente modelo de costumbres, sino crisol y escuela para los hijos. Los pequeños detalles son necesarios cuidarlos, porque por mucha educación que enseñen los libros, se aprende por sí sola cuando la convertimos en algo natural, nunca ficticio, de una forma de vida.

Algo podríamos decir sobre las inquietudes artísticas y literarias de lo que ha venido en llamarse la «nueva ola», y es justo reconocer la inquietud de esos nuevos hombres que salen a la palestra pública de las exposiciones, con todos los «ismos» que se quiera, pero con fondo de amor a la belleza y al arte, buscadores sin caminos de nuevas formas expresivas, color, abstracción e idea... Porque esta juventud de hoy tiene su mensaje de arte, y hemos de alentarles los que, sin apenas darnos cuenta, estamos ya en las fronteras del tiempo intermedio; los que pertenecemos a la generación inmediata de la postguerra, los que de jóvenes discutimos po-

siciones cuando el desembarco aliado o los fuertes bombardeos de Berlín y Londres; los que hemos servido de puente entre dos generaciones; los que vivimos por la escasa edad de aquellos años en inquietudes de retaguardia... Sí, somos nosotros los que tenemos que comprender, mejor que nadie, a esta juventud que pueden ser nuestros hijos. Sí, tenemos que comprenderles y orientarles, sin afanes de cátedra, con el ejemplo.

Y que nadie tire la primera piedra y pretenda esconder la mano. Que no valen esos sambenitos que le cuelgan a la juventud por el sólo hecho de ser jóvenes. Que los errores del mundo los pague el mundo de hoy, desquiciado a veces, pero abramos sus caminos para que vean el paisaje y la montaña, respiren a pleno pulmón las ventajas de los deportes, con todas las oportunidades y esperanzas de esos primeros capítulos de la vida. Que lo importante es sentirse cauce y río, corriente impetuosa y cañave-ral entre las márgenes, que el agua muere en el océano si la tierra no fructifica, si el árbol no crece con las profundas raíces de lo eterno.

II

Se habla demasiado y se escribe aún más de los defectos que acompañan a nuestra juventud. Seguramente porque a las tertulias de café acuden gente sesuda y los hombres que manejan la pluma se encuentran, en su mayoría, en plena

madurez de la vida. Ya no existen en esa media cumbre del camino ni sorpresas, ni desilusiones, ni la inquietud que proporciona ahondar en la verdad de las cosas. La posición social y económica ha encontrado las raíces de su solidez o de su resentimiento y todo se reduce a ir conservando la dieta de prescripción facultativa, en medio de una burguesía que se divierte en los salones de la buena sociedad. Pero el problema, hemos de contemplarlo en forma distinta porque nos separa el pequeño abismo de los años. Pertenecemos a dos generaciones, perfectamente definidas. Ayer hemos dejado los libros, aún entreabiertos en las aulas universitarias, y todavía en las actividades profesionales recordamos al estudiante, con sus humoradas, sus titubeos, sus frases aprendidas de memoria. No hablamos de relevos ni pensamos en él. Venimos a la vida con la agilidad de la acción y del pensamiento, sin temor a las distancias ni a los obstáculos. Mucho por aprender, pero sin que nos alarme la docta enseñanza de otros mayores, porque sobra tiempo para las rigurosas exigencias. Nos gusta los libros o los deportes, o ambas cosas, en las que ponemos nuestro entusiasmo, sin regateos. No gozaremos de la tranquilidad que proporciona la madurez, pero tenemos, en cambio, el mundo delante de nosotros, risueño, abriendo sus brazos a la generosidad del porvenir. ¿Que nos equivocamos?. ¡Qué importa! Nadie podrá discutirnos la plenitud de una primavera, donde las más hermosas

flores exhalan sus perfumes... una primavera, en que la sangre rebota por las venas, a impulsos de la ilusión que es triunfo de la naturaleza.

¿Que otros elogian la madurez o la vejez?. Bien. En cualquier edad se aporta el grano de arena a la montaña constructiva del pensamiento o de la historia. A nosotros nos corresponde el elogio de la juventud antes de que sea demasiado tarde. Con sus desaciertos, sus actitudes ingenuas. Porque esas equivocaciones, al recordarlas un día lejano, nos darán la medida exacta de la pérdida que representa dejar atrás los años que son propensos para cometerlas. El error se dulcifica, pues el tiempo nos concede el margen de las rectificaciones.

Ahora corresponde preguntarnos en qué edad termina la juventud del hombre. ¿A los treinta?. ¿A los cuarenta?. Sobre esto ninguna solución podrán aportar las estadísticas ni los cálculos. Las condiciones físicas e intelectuales de cada hombre son tan variadas que en cada caso la respuesta es distinta. Además todos nos empeñamos en seguir siendo jóvenes hasta lo imposible. Y en esto se cifra el mayor elogio que pudiera intentarse sobre la juventud. Es sabido que ciertos atuendos y posturas deportivas pertenecen a los jóvenes; y sin embargo no resulta extraño ver en las playas y en las calles a hombres que llamaremos «mayores» que aparecen con los mismos exteriores, con el permanente peligro de una pulmonía o de una peligrosa caída.

Es demasiado joven se suele apuntar en determinadas circunstancias, y como condición negativa. La edad concede al hombre el bagaje de la experiencia, —que no siempre es madurez intelectual— sino a veces una forma como cualquier otra de faltar a los dictados de la sinceridad. La experiencia se convierte entonces en una lucha con ventaja, —que es cobardía— o una defensa apropiada para los débiles.

Existe otra experiencia, acaso la auténtica, que suele poseer una selecta minoría y es aquella que proporciona la medida exacta de las cosas, no como arma de lucha, sino como superación de sí mismo en el dolor y el fracaso. La conformidad ante las leyes, inmutables, que rigen la naturaleza humana. El conocimiento de las verdades científicas con el paciente estudio, a través de los años. Todo lo que equivale a conservarse con ausencia de rencores, concediendo el perdón al enemigo en la averiguación exacta de la amistad. La experiencia en este caso conserva lozanía juvenil y hasta podría afirmarse que la vejez es una falsa apreciación de calendario. Es admirable aquel que en pleno diciembre siente los agitados impulsos de la primavera. Porque a pesar de llegar a la estación de término, —con el cansancio del equipaje— parece iniciar la ruta de la vida con el impulso joven y deportivo.

¡Juventud!. Hagamos ahora su elogio, aunque llegue el día inevitable de perderla. Sin

amarguras, sin desengaños, sin experiencia. Con el optimismo —que es fuente de acción y de lucha— llevando los libros bajo el brazo y forjando los sueños de una eterna primavera.

Hay quien a fuerza de oír la opinión ajena y en parte la propia, siempre o casi siempre halagadora, termina por considerar la obra del hombre en cima de perfección. Mas adviértese que hasta la obra del genio se discute, y es campo abierto de polémicas y negaciones. Y el interrogante surge inmediato a la conciencia de la humanidad porque un Leonardo no es hoy superado al decir crítico de las gentes de arte, pero no es superado porque el genio ha muerto o porque busca nuevas fórmulas a la expresión íntima. Si en la actualidad aparece un pintor con la luminosidad de Leonardo, con ese estudio anatómico y psicológico de sus personajes, lienzos inmortales, acaso perdería la misma actualidad que pretende y es que el hombre, sobre el tiempo, es un producto de su época y lo demás es estudio de gabinete, química de laboratorio, artificio de circunstancias y literatura tranochada con polillas de biblioteca... El arte es la vida misma, embellecida, salvando las aristas y buscando el sentimiento con alas de expresión inconfundible. Porque el hombre lo ha logrado todo cuando tiene a su alcance los medios expresivos más sugerentes. La palabra que se hace verso, poema; el pincel que traza la forma y capta el color; el cincel que modela la piedra y

el barro y el pentagrama que aprisiona el sonido en notas de pura musicalidad.

Pero el hombre apenas tiene tiempo, las horas discurren y los años pasan en galopes de caballo sin freno. Estamos haciendo la obra que consideramos la más perfecta, y de pronto queda truncada o deshecha... Porque la obra humana se reduce a pequeños o grandes bocetos. El escritor revisa su novela, la crítica de arte o la crónica vieja, y siente la decepción de no haber logrado el propósito y alcanzado las cimas, o tan sólo, vislumbrando la alta montaña. El pintor considera que su última exposición deja atrás el cuadro de otra anterior, y todo ello, como salvación de un arte que nunca se logra. Porque pobres de espíritu los que crean que su obra es la mejor de todas, y es que la vanidad no sólo daña el criterio ajeno, sino el propio, inutilizando, haciendo inservible el pequeño camino de la superación. Por eso la juventud tiene mucho que hacer y decir, y es que a medida que el tiempo pasa surgen los conformismos, el agua se estanca, la laguna sin renovaciones de aguas que irrumpen con la fuerza del mar y la belleza del oleaje.

Pero la juventud en el arte no es privilegio de los que tienen pocos años, sino de los que son capaces de seguir siendo jóvenes, en la ilusión que nunca debe perderse... Goethe escribía sus mejores versos, incluso de amor, en sus años viejos. El tiempo daña pero no destruye cuan-

do queda la obra medio terminada; el boceto que se traza a lo largo del camino, un camino que se cierra por la maleza, pero que descubre al final el bello panorama de la vida.



enemigo

Una novela corta de ambiente japonés escrita por Pearl S. Buck lleva este título de «Enemigo» y pone de relieve, aparte de las dotes literarias de su autora, algo que flota en el ambiente de la humanidad y es que el concepto de enemigo es de una veleidad insospechada. Aquel japonés, cirujano y principal protagonista de la obra citada, dudaba en curar a un norteamericano, y la propia servidumbre le abandona ante el temor de posibles represalias cuando domina el sentido del deber y decide operar y curar al malherido.

Japón seguía sus reverencias ante el Emperador o su efigie prodigada ante los cañones y las alambradas de un impulso frenético y combativo. Norteamérica ahora, ya no es enemiga, y la amistad se vuelve renovadora frente a un enemigo de ayer. Los pueblos, como los hombres, buscan sus amigos y logran sus enemigos, y éstos, en lugar de tenerlos a menos deben ser apreciados, porque como alguien notable dijo, el ladrido de los perros es señal que caminamos... El enemigo aunque resulte paradoja es un estímulo, y sin ellos poco podrían hacer la ambición de los hombres y el progreso. Porque el progreso le debe una gran parte a esos seres de cortas miras que hicieron del hombre un héroe y del talento corriente y el ingenio precoz, las posibilidades

del genio. Véase como muestra que al tratar de la biografía de los grandes hombres, éstos resultan verdaderos gigantes, pese a su estatura normal, por el sólo hecho de haber pasado hambre o sufrir la incompreensión de sus contemporáneos.

Claro es que muchos se sentirán alarmados con estas razones, y dirán, y proclamarán que el enemigo es la ponzoña que roe y destruye la convivencia humana; que ellos atacan y dañan sin razón como la maleza que crece sobre la yerba buena y el dorado trigo, pero la humanidad hay que tomarla o dejarla como es; la posible superación del arrepentido que sana el espíritu, pero cuando hablamos y generalizamos no nos referimos al caso particular, sino a esa humanidad, como colectividad de pueblos y variedades de razas. Y entonces el enemigo es más comprensible, en su concepto, para estimular la iniciativa y el progreso. La propia idea se supera cuando frente a ella surge la negativa y el hombre busca la réplica para mejorar la palabra, para convencer y convencerse a sí mismo.

Por eso el hombre íntegro debe agradecer no solamente la amistad, que acoge y distingue, que estimula y, se encuentra siempre con la palabra alentadora, sino la enemistad que ladra y sigue ladrando mientras caminamos.

Un notable escritor italiano, Aldo Palazzeschi, vuelve a tratar un tema sugestivo, pleno de actualidades en su libro titulado «Roma». Yo quisiera traer a este libro algo de esa inquietud que azotó a la capital italiana durante la pasada guerra, y que se va reflejando en los personajes creados por la pluma de Palazzeschi. Un mundo contradictorio, lleno de interrogantes, donde los amigos se convierten en enemigos, sin saber a ciencia cierta quienes son los aliados de la causa italiana.

Cierto que estas obras, en realidad el autor es novelista, no pasan al archivo de la historia, pero sí reflejan situaciones tan hondamente vividas que son algo así como el espejo irregular de los años de la guerra. Son como los espejos cóncavos de cualquier parque de atracciones. Reflejan la imagen pero deformándola, achicándola o engrandeciéndola, a veces, para darle cierta belleza o para obtener un resultado monstruoso. El novelista escribe sobre lo que le rodea expresando sus propias visiones. No podemos pedirle más. No se puede ser en este caso objetivo, justo, y hasta razonable. Basta con que sea sincero.

Así van pasando por las páginas del mencionado libro las alarmas de los bombardeos, la siniestra presencia de los escombros después de

la lucha. Y todo esto en una ciudad tan predis- puesta a la paz como es Roma. Luego, el retor- no a las tareas habituales. Y como fantasmas de un mundo desaparecido, van surgiendo otros hombres distintos a los de ayer, y tal vez, dife- rentes a los de mañana. Hombres que han vivi- do muy cerca de la destrucción, seguramente lu- chando contra aquellos que días anteriores com- partían las dificultades de la campaña. Pero Pa- lazzeschi ha preferido el camino más difícil, que es el de la recuperación. Porque si para algunos de estos hombres una guerra como la que sos- tuvo Italia, representó la ruina moral de sus ideales, para otros, los más fuertes o los mejores dotados, quedó en el simple rasguño de las va- cilaciones o sirvió para ahondar más en los va- lores eternos.

Así sucedió en el interior de aquella casa vieja, medio almacén, medio palacio, de la calle Monserrat. Nada alteró las costumbres de Chec- co, del príncipe Felipe de San Esteban, de la señora Bico. Para ellos la guerra representó so- lamente la ausencia de conocidos y vecinos. Las plazas y las avenidas permanecían exacta- mente igual, quizá con más abandono que de costumbre. Pero Roma tenía el mismo aspecto, monumental y artístico, con huellas de viejas civilizaciones, la ciudad del sol, en frase del no- velista, que juguetea sobre los corros infantiles en las extensas plazas.

Es la gran cualidad literaria destacable en Palazzeschi. Nos ofrece una ciudad atrayente,

donde bastan dos amplias habitaciones sobre una terraza de flores para lograr la morada ideal, pese a los efectos de la pasada contienda. «Roma», nos dice, sabe aceptar los acontecimientos con una experiencia de siglos. Nada reprochable había en aquella conducta; ningún provecho, ninguna malicia... sucesos que pocas horas después, parecían lejanos, remotos, como relegados al archivo de los siglos».

A pesar de ciertos aspectos morbosos que goza de exhibir la novela actual, en esta que comentamos se salva por la fe de un porvenir luminoso, que apenas comprenderá Checco y que presiente la sana inspiración del príncipe de San Esteban. Tan luminoso, como los caminos de Roma.

biología humana

El mundo vive del acontecimiento y el hombre de esa pequeña circunstancia que le rodea, esquema y resumen de lo cotidiano, unas veces para convertirle en el héroe que es el personaje desorbitado al amparo de la leyenda y otras para dejarlo en la mediocridad ambiental de una fecha cualquiera. Las gentes no reparan en que esos momentos importantes de la vida de uno se limitan a una boda, un bautizo o una escuela. Aceptan por bueno lo secundario, lo que puede tener relieve externo y poca trascendencia íntima. El hombre se cansa de ahondar en la anécdota para obtener de ella lo valedero, y concede a lo anedóctico la responsabilidad de trazar las líneas esenciales de la biografía. La vida tiene hondo significado cuando sabemos extraer de sus enseñanzas la experiencia sana, la ironía del conocimiento, desechando por inútil y dañina esa experiencia cargada de resabios escépticos, y es que la decepción no conduce a ninguna parte, es un camino sin sendas abiertas al paisaje; es una encrucijada que deprime, aniquila y destroza; es la pérdida de la esperanza que ilumina para confiar en los demás y en nosotros mismos; es vivir sin esa generosidad que permite soñar con altos y nobles ideales.

Para Stefan Sweig, aunque no lo diga en forma expresa, los momentos estelares de la hu-

manidad, y así es el título de uno de sus libros más conocidos, son los retazos de una historia pequeña pero trascendente, y lo malo es que el hombre en ocasiones la encuentra sin buscarla, como si el destino se entretuviese en hacer extrañas jugadas, metiendo los boletos en la rueda de azar. Quizá uno de esos momentos estelares sea el que ahora contemplamos al advertir el dominio de los espacios en esa triple vuelta a la tierra del famoso piloto norteamericano, llevando la propia aeronave y conduciéndola por la órbita de la tierra, y, el arribo, por segunda vez a la luna. El hombre domina ya los espacios y penetra en los mundos insospechados de la era atómica; lo malo es su propia condición, débil y frágil, como el cristal que se quiebra y la caña que se tuerce; poco inteligente para gozar de las ventajas que concede la ciencia y con escasa voluntad para lograr lo más importante.

Por eso los momentos estelares del hombre no suelen ser aquellos que señala su fama. Son más modestos. El nacimiento de un hijo o el bautizo que trasciende en alegre comparsa de unas horas, para traer el propio acontecimiento de la vida. Lo cotidiano apenas se percibe. Las gentes contemplan el nacimiento y la muerte, como funciones vulgarizadas de una inscripción en registro; una nota de sociedad o una esquila sencilla. Los que llegan y marchan, sin salvas de recepción o de despedida. Los que arriban a la playa, náufragos de un destino que tienen

que descubrir, poco a poco, en balbuceo de palabras; y los que se alejan para siempre...

La vida y la muerte siguen siendo, por encima de cualquier otra apreciación o distingo, los dos momentos estelares de la biología humana. Una, en función de la otra y unida por los lazos indisolubles del acontecimiento, y en medio, para la historia grande o pequeña de los pueblos, la anécdota, que es lo externo; lo que apenas tiene importancia.

barracas

El calor, que en los días veraniegos azota a las ciudades de la meseta y pueblos del interior, obliga a núcleos importantes de la población a buscar la costa.

Es una emigración hacia las playas, cuyo primer paso es la difícil adquisición del billete para el tren o el autobús. Se trata de gastar la paga extraordinaria o unas pesetas del ahorro y nada detiene al iluso viajero, que huye lejos a refrescar su cuerpo, aunque yo mejor diría, su alma. Viajar en verano, huir del aburrido quehacer que consume las horas del taller, la oficina o del comercio, es tanto como abrir una amplia puerta a las sensaciones más deleitosas, nuevas y emocionantes. Es cambiar la perspectiva de una maquinaria o de una mesa de trabajo por el paisaje montañoso de la bella tierra asturiana, con el caserío disperso, o por la llanura levantina, plena de luz, con los arrozales que ocultan las aguas pantanosas.

Nada más característico en el hombre que su afán de cambiar o modificar cuanto le rodea, porque en el fondo cambian su propia fisonomía, carácter y hasta las ideas que iluminan su cerebro. Lo inmutable, lo permanente, nos rodea casi formando círculo, con ese sentido trascendente que es innato en todo español, sin llegar a la identidad, ya que la vida va te-

jiendo sus evoluciones y nosotros cambiamos con el paso de los años.

Llegado el verano también llegó la oportunidad para cambiar de paisaje, asomándonos a la orilla del mar, que refresca el cuerpo y las ideas. La natación es el gran deporte de los que no saben nadar. Basta para comprobarlo con que observemos a esa masa de indecisos que permanecen cerca de la arena y a la infancia, jubilosa, que juega en la rompiente. El esfuerzo y la ilusión que les anima para mover los brazos, los vistosos «salvavidas», y la alegría que produce el temor de las olas grandes.

Valencia tiene en las proximidades del Grao excelentes playas, a las que se puede trasladar con el servicio de tranvías. Playas de las Arenas, Nazaret, Malvarosa, Salet y Pinedo. Las Arenas es de las más concurridas. Los magníficos balnearios y los servicios de bar están perfectamente atendidos. Una gran multitud se agrupa en la orilla. El mar adquiere a esta hora de sol, un azulado más intenso. Las barracas, las tiendas de campaña se alinean en grandes extensiones, mientras la arena, húmeda, va trazando la silueta de los pies para desaparecer más tarde bajo el agua. En las Termas Victoria se encuentra el monumento a Sorolla, delante de unas columnatas griegas. Cerca los barracones de madera y más allá la silueta indefinida del agua y el reposo de unas barcas, desventradas, que crujen sus maderas bajo la caricia del sol.

Para ir a la playa de Pinedo, por su distan-

cia, creo que unos doce kilómetros, es preciso tomar el coche de línea. Enormes piedras impiden que el mar vaya ganando terreno. Vicente, un valenciano cordial, nos sirve la clásica paella a la marinera en la terraza de su barraca. La radio de Vicente deja oír las notas de un pasodoble. Se extienden las hamacas, y, las sombras de la noche envuelven el lejano Puerto, con las luces tenues de los buques. El mar rompe contra las piedras, haciendo saltar al agua hasta cerca de la terraza. Es el desquite de la naturaleza, que a esta hora, triunfa sobre el hombre vencido en el sueño.

Siempre sentí hacia Castilla esa atracción irresistible de sus llanuras, donde la tierra a veces adquiere las tonalidades rojizas de una cantería agreste y solitaria, en la que el sol detiene sus rayos a la caída de la tarde. Las mulas, con ese tono cansino y un tanto resignado, arrastran el arado rompiendo el surco de la próxima cosecha. El labrador, sudoroso, recibe sobre sus espaldas la inmensa mole de la llanura, en el duro trabajo de cada día, hasta los últimos toques del campanario vecino.

Machado y Unamuno amaron esta tierra, caldeada al sol de la meseta; y, en la poesía de ambos resplandece las notas atrayentes de la tierra bajo el cielo infinito. El paisaje adquiere ecos de teología, con sus campanarios, que son el escudo del tiempo en las torres más altas de los caseríos. Un tiempo, que parece detenerse bajo las aspas de los molinos, como aquellos que giran al viento en Campo Criptana... Se han defendido estos molinos, como escenario adecuado a las andanzas del Caballero más cumplido que conoció Castilla, y también más loco, más humano, que cualquier hidalgo; sin salir de las letras de la inmortal novela. Pero aún sin estos molinos, que van desapareciendo, la meseta castellana tiene un sabor inconfundible; porque la tierra, desprovista de la fertilidad de otras re-

giones, adquiere la auténtica fisonomía de su primitiva naturaleza. Sólo la tierra en la verticalidad mística de Santa Teresa, de una vida que no se vive, por llevar el alma prendida en los asuntos del cielo. Castilla, Avila... Y otra vez, frente a nosotros, la belleza uniforme de la extensa meseta.

Una de las poblaciones, injustamente, menos conocidas es Cuenca. La ciudad-montaña, que duerme junto al Júcar el sueño de los días. En el seno de Castilla, la joven, que merece nuestra atención por su recortado paisaje de montañas volcadas al vacío, en gigantescas proporciones.

La antigua población de Cuenca se encuentra enclavada en la misma roca, aprovechando los declives, como callejuelas, hasta llegar a las llanuras de Carretería, calle de Calderón de la Barca, Parque de Canalejas, que es la expansión moderna de la ciudad, que se va desarrollando hacia la zona donde se ha instalado los edificios de la Normal y del Instituto Alfonso VIII.

He querido contemplar la ciudad desde lo alto. Calles retorcidas y en declive; por la Bajada de San Andrés, hasta la sorprendente Plaza Mayor. Bajo una de aquellas arcadas hemos llegado al Puente de San Pablo sobre el río Huécar, cantarino y rumoroso, que une sus agua al Júcar en el barrio de San Antón. Desde este puente el espectáculo del paisaje adquiere proporciones insospechadas, con aquellas crestas que semejan animales, tallados en la piedra por

la naturaleza. Las casas penden del vacío, sostenidas en sus sillares por las rocas milenarias. Y debajo de nosotros, las caprichosas veredas que se cruzan hasta las márgenes del pequeño río.

Otra vez la Plaza Mayor, con las escalinatas de la Catedral, donde charlan unos viejos, aprovechando el sol de esta tarde. He bajado hasta el puente de las Descalzas; y más allá San Antón, con su ermita. Luego la carretera que bordea el Júcar, hasta penetrar en el centro de la ciudad, dejando atrás la belleza de un paisaje extraño, entre rocas; y, el caserío que se confunde con la misma montaña.

Me hablaron de la «Giraldilla» — que así he querido llamarla recordando la torre sevillana—, Mangana, en el decir de Cuenca. Desde aquella explanada se denomina las dos márgenes de la ciudad en el desnivel de las laderas. Y más allá, en la lejanía las solitarias tierras castellanas, que en estas horas de la tarde adquieren tonalidades rojizas. El reloj de la «Giraldilla» ha señalado la hora de mi regreso, de nuestra contemplación, admirada, desde este mirador. Quizá, en muchos años, no vuelva a señalar la hora del retorno. Aunque a veces la memoria sea la mejor viajera, a través de los espacios y del tiempo.

El coche nos llevaba a toda velocidad por la ancha carretera que conduce de Madrid a Toledo, en medio de las llanuras que se extendían a nuestra vista. Sólo divisábamos alguna casa en la lejanía y a labradores dedicados a la recolecta, esa faena sudorosa bajo el sol de Castilla. Pasamos por varios pueblos, entre ellos el conocido con el curioso nombre de Boda del Rey, que parecían totalmente deshabitados, sin embargo, un grupo de muchachos jugaban en una plazoleta, demostrándonos que allí como en todas partes, la vida sigue impasible su curso.

Toledo aparecía por fin en el declive de una montaña, al final de una carretera. Ya se veían los tejados del caserío y los campanarios de las ermitas; las ruinas del Alcázar y San Juan de los Reyes. Las cosas a lo lejos se inmovilizan, como deseando permanecer para siempre ante un mundo que no se detiene, pero cuando nos acercamos a ellas, vemos que todo adquiere vida y movimiento. Así nos ocurrió con Toledo, que parecía un admirable lienzo, pintado por la naturaleza, sobre el Tajo. Y luego, al entrar en la ciudad, desapareció el encanto del paisaje, porque siempre es más bella la ilusión de las cosas a distancia.

La plaza mayor de Toledo, de forma casi cuadrada, mostraba alguna animación con sus

bares y los viajeros que llegaban a cada momento. Nada es comparable con sus calles, tan estrechas y típicas, que nos trasladan a un mundo, en que cada pasaje es historia, y cada rincón una leyenda; y son muchas las que ha ido creando la imaginación de este pueblo. Así cuentan que don Rodrigo ordenó hacer algunas construcciones para que su hija, cuya vida ya es legendaria, pudiera bañarse en el Tajo, quien tenía por morada un palacio próximo a la actual exposición de Cerámicas.

Estamos en la casa del Greco. El guía nos explica cada una de las dependencias, con esa monotonía de una lección aprendida que hubo de repetirla muchas veces. Los dormitorios y el estudio, convertidos hoy en una sala de exposición de cuadros en las que se encuentran algunos de la escuela de Velázquez. La cocina y el comedor que miran al patio de entrada, y que se conserva lo más parecido posible a como sería en vida del pintor. Luego, visitamos el llamado Museo del Greco; allí hemos podido contemplar una faceta, para nosotros nueva, de su pintura, y es el maravilloso colorido de los trajes de su galería de Santos. Nos sorprendió el acierto de sus brochazos, que representan, a lo lejos, la línea y el contorno de una mano y que tan pronto nos acercamos, pierde expresión y sentido. Al salir, nos ofrecían tarjetas relativas al museo; pero que no habríamos de necesitarlas, mientras la memoria sea capaz de evocar los recuerdos, ya que no es posible olvidar la lección de un ho-

gar, perdido entre las nieblas del pasado, y que sólo por virtud del Arte vivirá más allá que nosotros.

Toledo, en algunas de sus construcciones manifiesta la huella del arte hebreo; así en Santa María Blanca, primitiva sinagoga, convertida más tarde en ermita. Pero esta sinagoga era para los ricos, ya que los pobres disponían de otra más modesta. Se trata de un templo muy amplio, de grandes columnatas, en el que dominan los colores claros.

No muy lejos de este lugar se halla San Juan de los Reyes, construído por don Fernando y doña Isabel, de estilo gótico en su última fase. En la fachada se conservan las cadenas, que, según la tradición, empleaban los moros de Granada para la tortura de los cristianos. Este templo se entregó más tarde a una comunidad de Agustinos, según señala una lápida en el interior del claustro. Nuestros pasos apenas se oyen a lo largo de las galerías, y todo parece recobrar nueva vida, para luego, volver al silencio, en que permanecen siempre las cosas del pasado.

De nuevo contemplamos, a lo lejos, el paisaje toledano, pero sin el colorido de por la mañana. La silueta de una ciudad castellana, sobria y magnífica, se dibuja en el horizonte; y las sombras del atardecer van cubriendo a nuestra espalda las torres más altas de Toledo. Dejamos, por fin, atrás, una ciudad, dormida en el seno de la noche, mientras las luces de sus callejuelas parpadean, semejando estrellas.

La vieja Castilla, en Burgos adquiere hon-do sentido histórico con sus piedras centenarias, barrocas, sus arcadas de ingenuos adornos, exaltadora de monarcas y príncipes que manejaron la espada contra el Islam invasor.

Pasando el Parque que se inicia desde la estación del tren, hemos llegado al primer puente que cruza el río Arlanzón hacia la Catedral. Frente a nosotros el Arco de Santa María, con sus torreones almenados, las estatuas del Cid, Fernán González, Diego Porcelos y Lain Calvo; y en lugar destacado la efigie militar de Carlos V. Produce la impresión de que en este Arco estuvo ausente la mano del hombre; tal es su reciedumbre y consistencia. Fue erigido por el año 1536 y ahí permanece en su puesto, frente a la obra destructora del tiempo.

La Catedral. La mole gigantesca del Gótico, con las torres piramidales construídas por Juan de Colonia. Las puertas del Arzobispo o del Sarmental. Las puertas de la Pellejería, de estilo renacimiento donde se reproduce la imagen de los doce apóstoles, quizás el motivo religioso más repetido a través de la construcción catedralicia. Aparece junto a las agujas góticas, en el Altar Mayor, en la fachada... Cada capilla es una sorprendente manifestación de Arte. La del Condestable, una de las más hermosas, con-

serva el cuadro célebre de la Magdalena atribuido a la paleta luminosa y sobria de Leonardo de Vinci. La capilla de San Gregorio. La del Corpus Christi, del siglo XIII. El sepulcro del Obispo don Mauricio en el coro, cuya sillería de nogal se adorna con pasajes del Nuevo Testamento. A este Obispo correspondió la iniciativa de la construcción en unión de Fernando III el Santo. Las obras empezaron el 20 de julio de 1221.

Es imposible, materialmente hablando, seguir paso a paso las doctas explicaciones de mi acompañante; hombre versado en las bellas artes. Pero he querido detenerme en las esculturas que adornan bajo-relieve la parte posterior del Altar Mayor, debidas a Felipe de Vigarni y a Pedro Olmo de los Ríos. Las cinco esculturas escenificadas, representativas de motivos evangélicos. La oración en el huerto. Jesús con la Cruz a cuestas. La Crucifixión. El descendimiento y la Ascensión. Es una maravilla de la forma en el gesto, en el colorido, en el aire solemne, en los detalles, en el adorno.

Hemos entrado en la Plaza Mayor, bajo los soportales, en cuadrilátero, y en el centro la estatua de Carlos III erigida por Antonio Tomé, vecino y Cónsul de Burgos. En la dedicatoria, se le llama al monarca, «Padre de la Patria. Restaurador de las artes...» Cerca, la Avenida del Espolón, en las márgenes del río, con sus bellos jardines, acicalados, como una doncella, ocultando las viejas estatuas, deterioradas, de Enri-

que III el doliente, Fernando I el Magno, Alfonso VI... que son los guardianes de la ciudad histórica, alma castellana en los episodios de la Reconquista.

En las piedras ribereñas no faltan las antiguas inscripciones, y así pueden leerse aquellos versos del poema, de hondo sabor castellano:

«La casa del caballo
«tornó a Santa María,
«alzó su mano diestra
«la casa se santigua.
«A tí te lo gradesco
«Dios que cielo e tierra
«guias.— Valenme tus
«virtudes gloriosa Santa
«María.

(Poema. Versos 215 a 218).

Y es que las piedras burgalesas son parte de un poema, acaso no escrito, que perduran en el aire, en el ambiente, en las murallas, en las torres góticas, en el murmullo de su río —que no es vigoroso— pero que lleva más allá de estas tierras la silueta del pasado.

tierras de la rioja

Un compañero cordial, Alberto Valenzuela, teniente alcalde de Logroño me obsequia con un tomo de poesías editado por el Ayuntamiento, de Luis Barrón Urién, poeta de grandes vibraciones líricas y cantor íntimo de la ciudad, nunca mejor definido que por esta frase del prologuista: «No es un estilo que esplende con áureas escamas, ni centellea con recamos deslumbrantes. Es grave, denso, jugoso como la ciruela rezumante de nuestras huertas...» Pero definiendo al poeta, por añadidura también Logroño se ha definido. Densidad del espíritu y gravedad de campanas. Alegría de la Rioja, que labra con cinceles de artistas la arquitectura del pasado.

¡Logroño! Allí empieza la avenida del Espolón, que la primavera cubre de rosas blancas rodeando la estatua de Espartero, ceremonioso y bizarro, sobre un corcel que cruza el tiempo con su lento galope. Muy cerca, el quiosco de la música, donde se puede oír a la banda municipal en las fiestas domingueras, mientras los niños juegan, inquietud de los guardias, y jóvenes y viejos pasean bajo el sol de la estación, tan voluble y esquivo, que a veces se oculta bajo la brisa que mueve las hojas de los árboles.

Al acercarme al quiosco de la música, ya se escuchaban las notas sentidas del «Para Elisa»

de Beethoven para luego oír aquellas otras, alegres, de «Los diamantes de la Corona» del maestro Barbieri. Notas alegres y tristes, que más allá se confunden con las voces de unos labradores, que charlan sobre las cosechas de Calahorra o la próxima fiesta de Valvanera.

Pero hemos de buscar en el centro de la ciudad ese carácter señorial de la Rioja, que descubrimos junto a la plaza de los Héroes del Alcázar por la calle Mayor, bajo los «porches» que nos conducen al cruce de carreteras. Más allá de las dos torres gemelas, por detrás de la Catedral, las callejuelas antiguas, a donde van los obreros a la salida del trabajo en busca de la típica taberna riojana...

La Rioja se caracteriza, a mi juicio, por esas tres palabras que figuran en la estatua de Espartero: Prudencia, paz, lealtad —Prudencia en las costumbres y en el trato. Paz en el espíritu. Lealtad a su historia noble y heroica.

Nos hemos alejado por el puente que parece tendido con visión industrial, para llevarnos a la otra orilla del Ebro. Es el puente de las despedidas, de aquellas que no tienen retorno, —misterioso contraste que el corazón me hiere— un cantar de la jota y el salmo Miserere... que canta la emocionada lira del poeta logroñés. La tarde muere, bajo las sombras protectoras de los pinos de la Avenida... Silencio bajo los «porches» que sólo interrumpe la música de una radio, por una ventana próxima... Logroño se recoge en el abrazo de la noche, y, hasta los arcos

de flores del Espolón se muestran indiferentes en su quietud, al continuo paso de los trenes de la estación cercana.

Logroño duerme. Las columnatas de sus paseos se proyectan en formas fantásticas, por la dudosa luz que sale de un café, tardío en el cierre. La noche nos envuelve bajo este cielo sin estrellas, universal como la propia tierra riojana, donde se siente el ansia de nuevos horizontes. No se escucha ningún rumor al salir de la ciudad. Logroño perfila su caserío a distancia por los tejados, color de tierra; que confunden las sombras evocadoras de la noche. Sólo se distinguen las últimas viviendas que se elevan sobre la tierra vieja de Castilla y, que difumadas por la bruma van perdiéndose en la distancia de las carreteras.

Si me viera precisado a dar una primera impresión de Barcelona podría simbolizarla en su afán de trabajo. Por eso no es de extrañar que un gran industrial de hoy, haya sido en sus comienzos un modesto jornalero, que a duras penas podía sostener a los suyos. No escribo de memoria sino por impresiones directas. — Conocí a un hombre, magnate de la industria catalana, gran señor en el trato y en cordial sencillez, que empezó trabajando de albañil, con la particular noticia de que su mujer también ganaba un jornal en unos almacenes. Este caso es uno entre mil que desconozco—. La laboriosidad catalana tiene justo renombre, y a ello se debe la creación de poblaciones como Manresa, Sabadell o Tarrasa. Y el predominio de la industria textil.

Por la rambla de las flores, a un lado y a otro se extienden las llamadas «mesas» que es una auténtica exposición de flores, a pesar de la estación del año que atravesamos. En tres años —desde entonces no había visitado la ciudad condal— ha experimentado importantes variaciones porque prospera a pasos de gigante. Como todas las grandes ciudades encierra el típico sabor de las callejuelas, un tanto de barrio, como esas de la zona portuaria. Calles de Boquería, Hospital, San Pablo, con sus complica-

das transversales. Y más hacia arriba, las amplias avenidas que se inician desde la Plaza de Cataluña, Paseo de Gracia, Vía Layetana, Rambla de la Universidad...

Me he detenido un momento para comprar cerillas en un estanco. En el interior es la temperatura más agradable, aunque es lo cierto que adaptado al clima de Madrid aquí no se siente frío. La nieve no es frecuente aunque mis amigos catalanes se quejan de la humedad, lógico por su condición de puerto de mar. Nadie se conforma.

Estamos ahora charlando en la terraza cubierta de un café, rodeada de altas vidrieras, que bien me recuerda a un confortable «invernadero». Desde aquí vemos las innumerables palomas que inundan la Plaza de Cataluña. Estas palomas por el hábito de la convivencia, especialmente con los niños, se suben a los brazos del primer visitante. Recuerdo haber leído en la prensa una calurosa polémica en torno a estas pacíficas aves. Hay quien sostenía la necesidad de su desaparición por los daños que ocasionan a los edificios. Otros, en cambio, pedían al vecindario los mayores cuidados, por la nota de ternura que infunden junto a esos pequeños que a diario les llevan comida. Las palomas siguen en la Plaza, indiferentes, iniciando a veces ese vuelo majestuoso que goza de la libertad de las alturas, para volver de nuevo al punto de partida.

Hemos subido en el tranvía, del disco 23, pa-

ra llegar hasta la carretera que conduce al Tibidabo. Ya en el funicular nos elevamos sobre la ciudad, con el paisaje más sorprendente que se descubre bajo nuestros pies. A medida que dejamos la tierra, nos acercamos hacia la cumbre de la montaña. Hemos terminado la primera jornada. En lo alto del Tibidabo nos espera un parque de atracciones, donde no faltan los espejos mágicos, que reflejan grotescas imágenes, o la casa encantada donde chicos y grandes se pierden en el laberinto de las puertas. Los aviones que giran sobre el vacío y los trenes, en miniatura, que se mueven por los resortes que pone en marcha una moneda, o los pequeños escenarios que a ratos se iluminan.

Y sobre todo el mirador. Abajo, Barcelona de noche. Luces que se pierden en la recta alineación de las avenidas. Vemos el puerto, con la silueta recortada de una oscuridad más intensa —que desdibuja el azul del mar— en la proyección luminosa de la ciudad nocturna. El espectáculo que presenciamos se resiste a cualquier descripción. Siento una rara sensación de vacío. Quizá la nostalgia por otras tierras, por otras ciudades, en la búsqueda de un paisaje siempre actualizado en mi memoria. Mis amigos catalanes me despiden Passiu 'bé. ¡Adeu Barcelona!

Al hablar de Valencia se hace indispensable mencionar las flores y el arroz aunque no sea posible encerrar en una frase la belleza de esta ciudad levantina. Después de conocer Valencia es posible compenetrarse con sus pintores y poetas de la huerta, ya que a pesar de vivir junto al mar hay un arrastre que nos impulsa hacia tierras adentro, como si fuese una fuerza superior de la madre tierra que ha vencido al Mediterráneo, en ese pugilato de siempre entre el labrador y el marinero. Valencia es sobre todo su huerta, de esos naranjos que se pierden en las extensas dimensiones de un terreno llano. Una tierra alegre porque a través de sus poros surgen los trigales en una cosecha próspera por las mejores condiciones de clima. Naranjos, cuyas hojas todo lo cubren en la proximidad del suelo con un árbol de pequeñas dimensiones, ajeno a las arrogancias de las alturas, pero de mayor riqueza y de la que viven gran parte de su población.

Estamos en la calle del Marqués de Sotelo y más allá aparece la Plaza del Caudillo con su Mercado de Flores. Es la plaza principal de Valencia con los edificios del Ayuntamiento y de Correos. En el centro un balcón circular nos asoma a la parte baja de la plaza, donde se exponen las más variadas flores, desde el clavel a la

camelia con todas las variedades y los más diversos coloridos. Alrededor de la plaza, que se encuentra en alto y a la que se llega subiendo unas escalinatas, se sitúan unas casetas de maderas, exponiendo flores de las distintas casas cultivadoras, que cubren las aceras centrales en su totalidad. Ha sido un acierto en la vida tradicional valenciana, porque en esta Plaza llegan las principales vías desde la Avenida del Marqués del Turia. Y un pueblo que rinde tributo a las flores ha de poseer las mejores virtudes ciudadanas. En su vida espiritual acaso nos separe un tanto el idioma vernáculo, hasta que logramos adentrarnos en su carácter recio y conseguimos hablar el castellano. Entonces nos hermana una comunidad de ideas y encontramos perfectamente justificada las orientaciones regionales, dentro de una unidad que es la patria. Valencia es un primer plano de riqueza agrícola y ha de contarse en todas las empresas nacionales, sin olvidar la importancia de su puerto en el Levante español.

Basta contemplar la ciudad para comprender el triunfo de la huerta sobre el puerto. El puerto apenas si interesa como no sea para llevar las naranjas al extranjero, un medio al servicio de la agricultura. Sin embargo algunos sectores valencianos intentan revalorizar la importancia marítima del Levante, con nuevos diques y muelles que presten la mejor acogida a líneas regulares de navegación. ¡Todo puede lograr este pueblo laborioso!

Por la Avenida del Grao llegamos al Puente de Aragón, que se extiende grandioso sobre el Turia. Hemos atravesado la zona portuaria hasta donde llegan los tranvías desde el centro de Valencia. El Turia lleva poco cauce en esta proximidad de su desembocadura por las continuas «sangrías» que han sido necesarias para regar las huertas como savia que alimenta las recolectas, a costa de su propia vida, prefiriendo morir en la juventud a ese final de su salida al mar, que es más penoso que la muerte que nos cantara Jorge Manrique. Porque es una muerte sin obras, donde el río no es más que corrientes en las inmensidades marítimas. De esta otra forma, el agua no pierde su sabor y se confunde con la tierra para germinar en una nueva vida que nunca acaba. Y contribuye a la belleza huertana en que el arbolado de los frutales se siente renovar en cada estación, como una primavera permanente, bajo este sol que nos recuerda tierras más cálidas.

Junto a los tinglados del muelle puede verse una pequeña estatua a Aguirre Mاتيол, iniciador de la exportación naranjera valenciana desde 1870. Valencia no tiene muchas estatuas pero sí excelentes calles que recuerdan mejor la labor de los valencianos, aunque nosotros por canarios, más castellanos, amamos lo simbólico y tallamos la piedra a semejanza del murciano. Valencia prefiere símbolos de madera para sus célebres fiestas de «la cremá» el día de San José, en que la ciudad enciende los fuegos de artificio

y parecen las estatuas y carrozas, representativas de motivos grotescos, que son verdaderas obras de arte, y de cuya quema se salva la premiada.

En los tinglados del muelle se van colocando las mercancías para su embarque a cubierto de la lluvia. El Grao es un barrio típicamente marineró, con sus tabernas, que desaparecen más allá del Turia para dar paso a una bella ciudad que es el centro de Valencia. Ha llegado la noche y por la calle Ruzafa transitan muchas personas. No pasan los coches. Busco la soledad a través de cualquier callejuela, donde el silencio se interrumpe por el silbato de los trenes, que se confunden con la despedida de los buques, y, que al marchar nos dejan el recuerdo de sus voces.

Las boticas han sido lugares amenos de conversaciones, en esa paz de provincia, donde los pequeños acontecimientos tenían su comentario. Allí acudían los amigos del farmacéutico, para hacerle compañía en los días de guardia o porque se sentía menos el frío junto a las pomadas y los jarabes en las tardes invernales. Se charlaba de todo aunque el fútbol no sería por entonces tema atractivo, pero a nadie se dañaba, como una mala medicina que si no cura tampoco perjudica.

Pontevedra, esa hermosa ciudad gallega, guarda entre sus mejores historias la de una botica. La botica de Don Perfecto. Aún se recuerdan aquellas reuniones a las que acudían, en las temporadas veraniegas, don José Echegaray y don Eugenio Montero Ríos. Y es que en todas las capitales de provincias españolas, existen siempre esas figuras veneradas que constituyen su nota típica. Un señor de barba blanca que todas las tardes pasaba, con caminar ceremonioso, frente a nuestra casa. Una dama enlutada que nadie supo de donde procedía, pero que pretendía conocer las cartas y el porvenir, como si con ello lográramos evitarlo. Una vieja loca, que tiraba piedras a los chicos que corrían detrás de ella. Un bebedor incansable, campechano, siempre lleno de humor y gracejo. Tipos ra-

ros, como alguien les ha definido. No se les puede negar que llenan la vida provinciana, con sus actos insignificantes, y, porque tras ellos viene la leyenda. Como ésta de Pontevedra en torno a la figura del dueño de la botica de «La Peregrina», emplazada en el centro de la ciudad. Se llamaba don Perfecto Feijoó y tal era su afición a la música, que en las horas libres de la Farmacia, cultivaba la gaita, siendo el fundador del «Coro aires d'a terra» que completó su fama en las provincias gallegas. La brillante pluma de don Prudencio Landin nos descubre la cómica historia del loro que poseía este boticario, y, que en la Plaza de la Peregrina era la atracción de grandes y pequeños, y, más aún el acontecimiento singular de su muerte.

El señor Landin fue al parecer testigo del final del loro, que ya pertenecía a toda la ciudad, cuando nos dice que «nadie se creía en el caso de reír ni de satirizar. Parecía una obligación mostrarse dolorido en la expresión fisonómica, en las palabras...» y la anécdota de aquellas dos señoritas, severamente vestidas, que fueron a visitar al farmacéutico para decirle:

«¡Don Perfecto esto debe ser para usted un consuelo muy grande! ¡Hay que ver qué entierro!. ¡Nunca se vió otro semejante!. Alguien hacía del difunto este supremo elogio: ¡Allá se fue un buen pontevedrés! sin tener en cuenta que el animalito era brasileiro. Y no faltó quien dijera: ¡Don Perfecto, usted puede quedar tranquilo porque loro tan bien atendido, como éste, con

tanta medicina en la casa, no hubo ninguno...».

Y así fue pasando la leyenda y la pequeña anécdota junto al buen humor de un pueblo, que puede sentirse feliz en la contemplación de su paisaje; pequeños recuerdos del pasado que se van evocando en las Fiestas de la Peregrina, donde todos los años por el mes de agosto se realizan los actos tradicionales, a los que concurren los niños de la ciudad con sus trajes de ceremonia.

El río Lérez baña la costa de Pontevedra y más allá el Puerto abierto de Marín, hasta donde se confía realizar la Avenida de enlace y construcción del ferrocarril, una de las aspiraciones más legítimas de Pontevedra en el orden económico.

Pero ya que hablamos de esta provincia gallega, no podemos silenciar esos rincones llenos de colorido y sabor típico, como los restos del Castillo de Portela o la belleza del puente del Burgo, en que una perfecta simetría perfila esos medios arcos sobre el río. Aquí se agrupa la ciudad, desapareciendo, más allá, el caserío que cada vez es más disperso, hasta encontrar los pequeños declives del monte, que luce a lo lejos el hermoso panorama del arbolado.

Son pocos los españoles que en esta fecha no hacemos cálculos sobre un número que puede tocarnos en ese bombo maravilloso de la lotería navideña, donde caben todas las ilusiones y proyectos; las esperanzas de dormir pobre y amanecer rico; acostarse en una pensión de tercera y levantarse en un hotel de lujo; despedir la noche con un balance pesimista de la cuenta corriente y recibir el día con la sorpresa agradable de unos cuantos millones.

Jugar a la diosa fortuna, esquivada, variable, y sujeta a miles peripecias del azar no cuesta mucho dinero, y sin embargo proporciona uno de los mejores sueños del año. Porque soñar, ir tejiendo en la imaginación los más hermosos proyectos está al alcance de cualquiera que tenga ansias de romper con la rutina que nos aprisiona durante todos los días y las jornadas del año para convertirnos en el empleado eficiente, el profesional con horas fijadas en el despacho, el comerciante de clientela vulgar y absurda o el funcionario sujeto a escalafones y ascensos. El pequeño engranaje de un mundo que ya encontramos hecho al arribar nosotros a la vida.

La lotería, el «gordo» de la suerte, representa nada menos que destruir de un soplo esa rutina, aunque pasado unos meses, tal vez unos

días, retornemos a ella. El profesional cierra el despacho, el funcionario olvida el escalafón y el comerciante abandona la clientela.

Recuerdo siempre aquel año que correspondió una buena parte del «gordo» a los camareros, cocineros y empleados de un conocido restaurante madrileño. Yo les ví en traje de faena por la plaza del Callao en alegre comitiva y pensé en el asombro de los habituales clientes al encontrar desierto el «menú» de aquel día.

La lotería de Navidad, cantada por los niños del Colegio de San Ildelfonso de Madrid, pregona la suerte de un día, que cae a torrentes, como una cascada con tintineos de plata, sobre el que menos lo espera. Pero la noticia de los afortunados corre pronto, la prensa los busca y la radio difunde sus nombres. Los empleados de una sociedad anónima, los trabajadores de una fábrica, las modistas de un taller. La suerte designó su turno, una veces para redimir a la pobreza, otras para aumentar los dividendos. Todo esto es secundario. Porque lo más importante es que el día anterior, unas horas antes del sorteo, tuvimos en nuestras manos un billete de lotería, un número que quedó en el bombo de las ilusiones y las esperanzas. Cuya rueda giró siempre en torno nuestro ofreciéndonos las posibilidades de un mundo mejor.

clases pasivas

Hace ya bastantes años fui testigo de la jubilación del catedrático de la Central don Vicente Gay Forner, valenciano, buen orador y gran economista y hombre de leyes... Quizá su oratoria nació con aquellos aires de su tierra nativa, bella tierra de arrozales y naranjos; el río ancho y los cañaverales que ocultan el estampido de las escopetas en la caza del pato silvestre. Don Vicente no se conformó, a su manera, con las clases pasivas y pese a los años gustaba de seguir la lección del curso. Me parece estarlo viendo aquel día, para él aciago, de la despedida. El escalafón y el horario inevitable le obligó a la marcha, al retiro de silencios, a la paga en sobre más escasa... Luego supe que allá en Valencia rindió tributo a la vida y a la muerte pero dejó la huella del paso firme, la obra permanente, la que algunos deseáramos alcanzar sobre el fugaz tránsito de las horas.

El problema de las clases pasivas, aunque lejos nos quede, nos parece que debe ser eso de invertir el tiempo, gastarlo poco a poco, sin prisas, como un viejo tesoro de la vida al aire libre descubriendo nuevos valores hasta entonces ignorados. Los más pudientes proyectan el viaje en largos cruceros como el que fue «premier» británico, Churchill, dialogando a bordo del yate con los elegantes invitados del rico armador



griego Onassis. Qué lejos quedaron aquellos días agobiantes de la segunda guerra mundial, las ruedas de Prensa, el Parlamento, las entrevistas con los Estados Mayores...

El artista, el escritor, el dibujante encuentran la solución de su largo camino descubriendo el rincón amable, el pueblo pintoresco y el paisaje... Acaso la oportunidad de escribir el libro hace tiempo pensado, el poema que truncó el agobio de vivir...

Pertenecer a las clases pasivas es como disfrutar de unas vacaciones prolongadas; es viajar sin obligaciones de retorno. Es dialogar en el ancho camino de la amistad asistiendo a tertulias para las que antes no hubo tiempo. Todavía recordamos en aquella ciudad que va desapareciendo, ciudad de rostros amigos, la vieja tertulia del café del Parque San Telmo en Las Palmas, junto a una palmera y cerca de lo que ha servido para anfiteatro de la Banda Municipal. Tertulia venerable donde dialogaban los que antaño fueron un escritor, un secretario de Juzgado, un comerciante, un funcionario del Estado, un militar, un abogado... Gentes de ayer y de siempre. Hombres que cumplieron como buenos, y que llevaron la responsabilidad de un pequeño mundo de problemas. Porque las clases pasivas son en realidad, el premio a la voluntad propia. Y es que este mundo cansa, agobia, destruye en el complicado laberinto de cada día. Muchas veces, en medio de este laborar intenso, deseamos la soledad del ermitaño,

admiramos esa entrega fervorosa del monasterio, ese caminar entre salves de campanario rústico, ese silencio que solo rompe, de tarde en tarde, el rumor de una fuente y el golpe de una puerta... El único sendero de la paz.

Si me hablasen de aprovechar el tiempo grato de verano optaría, sin duda alguna, por hacer turismo. Porque lo otro, el veraneo, la casa en la playa o el campo, en la ciudad donde uno trabaja, es un turismo a medias, es tomar el sol a hurtadillas, es llevar consigo la preocupación y las llamadas telefónicas. Quizá por eso sea conveniente distinguir entre turista y veraneante, porque el primero es el que logra dejar atrás los kilómetros y pone en la distancia su propia huída, mientras que el segundo, apenas alcanza el mar con el breve chapuzón del limitado horario. No vayamos muy lejos para comprobarlo. Toma usted casa en la playa, se propone tomar el sol a raudales y se lleva un buen chasco... Su trabajo en la oficina, el taller o la empresa le absorbe algo más de su tiempo. Llega deprisa a las horas de comida, mientras los hijos disfrutan de la playa, toma su ración correspondiente, pregunta o indaga que tal se pasa el veraneo, y sigue su jornada como si tal cosa, bueno, con una pequeña desventaja. Que por unos meses vive más distante del lugar habitual de su trabajo.

Por eso llega uno a convencerse que el verano solamente es grato para el turismo, para la juventud que aún tiene lejos obligaciones y horarios laborales o para las clases pasivas... El ca-

beza de familia, buena denominación por aquello de que hace de cabeza de turco, y perdón por la semejanza, es aquel sufrido personaje que pretende veranear mientras trabaja, que intenta tener vacaciones a retazos, que visita la playa, de tarde en tarde, aunque viva a pocos metros del mar, y que a los amigos y conocidos cuenta, con cierto donaire, lo bien que lo está pasando.

Andrés Revéz, con ese humor suyo inalterable contaba hace años que sus mejores vacaciones las pasaba entre las cuatro paredes de su casa de Madrid, suponemos que con porrón de agua de Lozoya y vino de Valdepeñas. El escritor trata ahora de temas internacionales, que la verdad suponemos incompatibles con su fino estilo, entre otras razones, porque tales temas no tienen nada de humorísticos. Pero volviendo a su afán madrileñista y veraniego tenemos que admitir su buena parte de razones. Porque hace usted su maleta, prepara su viaje y se encuentra con la multitud en torno disputándole un poco de sombra bajo los árboles de cualquier campiña o un celemín de arena donde clavar, como una bandera, su sombrilla de vistosos colorines. Muy cerca el transistor, la pelota que le alcanza para dejarle lesionado como en un partido con «hinchas» de primera división. Y después el retorno a casa, maltrecho, cansado, hecho trizas de su pretendido descanso, de sus hipotéticas vacaciones.

Pero el verano es siempre motivo de singulares ventas a plazos. El comercio le ofrece las

mercancías más sugestivas. Vienen los saldos y las «colas» se prodigan entre las señoras. Bañadores, zapatos, gafas de pescador submarino, que suelen utilizarlas los chicos para ver el fondo del mar, sombrillas, etc. etc. y en estos últimos se comprende el infinito afán de la humanidad por renovarse, aunque sea en el pueril intento de vivir un verano feliz o unas vacaciones inolvidables junto al mar.



La gente a veces se empeña en resaltar ciertas palabras cuando se escribe, y entonces recurren a las mayúsculas un poco en desuso a fuerza de popularizar el diccionario y la gramática, o a las comillas, que también se emplean para aclarar al lector la buena preparación y saber del escritor, porque existen palabras no admitidas sino en el léxico del barrio o de cierta región. La palabra así resulta extraña o tal vez mal escrita y entonces se recurre para resolverlo todo a las famosas comillas.

Siempre hubo en esto de la escritura quien la corrige con maestría y quien es un poco creador de la palabra misma. Porque a veces esas palabras consideradas populares no tienen carta de naturaleza en el diccionario hasta que cierto académico advierte, con asombro, que en su casa la emplea la chica de servicio, el portero y hasta los hijos y la esposa en abierta conversación. Lo puramente académico va cediendo terreno a exigencias de la realidad, y lo malo es que cuando ya parecen tener forma definitiva la gente del barrio, por su cuenta, las transforman de nuevo. García Sanchíz, el gran charlista, que traza cuadros vivos y palpitantes de la historia hecha anécdota, pese a su «academicismo» y conste que lo ponemos entre comillas, temo que muchas de sus palabras se salgan del

riguroso diccionario, haciendo de la gramática algo bastante cómodo para pasear por casa.

Sin embargo, el idioma es tan complejo que aprenderlo, cuando se trata del castellano en particular, no basta tener a punto el diccionario o las reglas gramaticales más elementales, porque es lástima verlo desfigurado con acentos excesivamente regionalistas, y no digamos nada de cierto castellano de ultramar, que con sus nuevas aportaciones lingüísticas queda intermedio con el portugués o el más próximo de ciertas regiones italianas. Tampoco puede decirse que por acentuar las terminaciones, casi en forma de silbidos, el castellano gane belleza expresiva, pero vale la pena intentar para quien lo estudie siendo extranjero que el modelo más adecuado sea el de la vieja Castilla.

No ponemos reparos a las nuevas formas que la distancia crea inevitable, como esas palabras que se admiten a fuerza de ser populares. Pero de vez en cuando conviene leer el Quijote, y no precisamente para reír las andanzas del Caballero y las ocurrencias de su fiel escudero, sino para adentrarnos un poco en la belleza del castellano, lenguaje para el poeta, material de primera mano en los viejos poemas, como el «Mío Cid», adquirido por la Fundación March y cuyas palabras pueden parecernos toscas, primitivas, pero cuyo valor incalculable reside precisamente en que es piedra virgen, mina de oro del idioma, entre cuyos amasijos está la pureza lingüística de la palabra antes de ser aca-

démica. Si hoy volviera la generación actual a contemplar un poema de tal relieve, casi todas sus palabras tendrían que figurar entre comillas, para decir por lo menos que no son actuales.

Lo más sensato y también lo más conveniente para el hombre sería no ligarnos con raíces tan profundas a los afectos, a los seres y a las cosas de este mundo, pensando que muere la ilusión, como muere el día en los atardeceres; y que la naturaleza humana, quebradiza, débil, sujeta a la enfermedad y a la dolencia, a los rigores del tiempo y a los sufrimientos del alma, se disgrega y perece, tal vez cuando más risueño es el presente y más alentador el porvenir.

Pero nunca el hombre aceptará lo que más le conviene, como tampoco el árbol aceptará dejar sin huella la tierra donde fué plantado, porque no es posible a la sensibilidad humana quitarle el afecto, suprimir el amor, matar la ternura. Porque aún sabiendo lo transitorio de todo eso que le rodea, aún comprendiendo que la felicidad de la tierra se vuelca al menor tropiezo, y que las mejores ilusiones se destrozan como castillos en el aire, el hombre se aferra, se ilusiona y se llena de espejanzas, y hace cálculos para su porvenir como si el futuro le perteneciese.

Que después vuelve a la realidad en torno, a la pavorosa exigencia de los años, al pasado que deja de pertenecernos y al futuro que tampoco es nuestro; que luego descubre lo inútil del

proyecto trazado o de la idea propuesta, no importa, no puede importarle. Porque lo esencial es buscar en el presente la alegría de la vida honesta, comprobar cerca de sí la satisfacción del hogar creado, la esposa, los hijos y acaso también el trabajo, donde cada día se aportó un esfuerzo físico o intelectual para ganar el pan de cada jornada.

Que la muerte siega y destroza ese mundo reducido, íntimo, insustituible de la familia, cierto, pero tal vez esa circunstancia hace que nos aferremos más a dar el justo valor del presente. A comprobar que morir puede ser también el término de una vida apreciada justamente, en su verdadera esencia familiar. Porque nada ni nadie puede quitarnos la felicidad de hoy, de estas horas, de estos minutos contados despacio, para que el tiempo no corra, no vuele en su loca carrera por el camino del azar, cubiertos los ojos con la venda del porvenir.

Habla la vanidad cuando el hombre expresa su disconformidad con la vida. Porque junto a esas enormes pruebas a que se somete la naturaleza humana frente al dolor, extraordinarias son las satisfacciones, y acaso por uno sólo de esos minutos vale la pena haber vivido. El hombre deja la huella de su afecto en el hogar, un hogar que hoy es suyo, le pertenece por entero, artífice de su pequeño mundo, donde los hijos empiezan a conocerle en sus pequeños balbuceos; para ellos la norma y el ejemplo. Mañana, un día cualquiera, cuando llega la inevitable

ausencia atrás quedó lo mejor de tu vida, que no son fortunas, ni cuentas corrientes, ni autos de lujo llamativos, ni bienes que son terrenales. Deja algo mejor que todo eso, que puede ganar el esfuerzo, deja su propia vida en el afecto de cada jornada, la palabra tibia en el consejo prudente, la sonrisa abierta al amor y la esperanza, la alegría sana y el criterio inteligente.

Cuando el hombre proyecta sobre su hogar la ilusión del presente, cuando al anochecer preside la reunión familiar, a mi me parece, que son tantas las cosas que el recuerdo conserva y venera, que por una vez tan siquiera la muerte ha sido burlada.

La memoria no es tan accesoria ni complementaria del intelecto como la gente piensa, ni vale desvalorizarla situándola en retaguardia del pensamiento, aunque alguien sostenga que el elefante es el animal que más recuerda. Tampoco es válido colocarla en lugar preferente como parece inclinarse cierto sistema de oposiciones donde el esencial recurso consiste, en repetir, palabra por palabra, el texto impreso de hojas sueltas que contestan ciertos programas. La memoria, como la imaginación cuando no se desborda, y el mismo ingenio, son facultades que completan la inteligencia o aspectos de la misma, que de todo tienen.

Hay quien vive del pasado que es actualizar la memoria, utilizarla como único medio de vivir en el recuerdo. Pero lo malo no es recordar —a veces muy necesario— sino vivir en el pasado de tal forma como si el tiempo nuevo no tuviera vigencia, como si los años no hubiesen huído para traernos el mensaje y la inquietud de otras generaciones. Dicen que los viejos son los que más viven de recuerdos, pero los hay que sin perder la memoria no detienen su reloj, sino que lo ponen a punto con la hora actualizada, y jóvenes en cambio que sueñan con el trasnochado escenario de una época que no vivieron. Hay hombres que se aferran, como una

tabla de salvación, a la edad que les trajo plenitud física y espiritual. Y podreis conocerlos hasta en el atuendo o en el estilo de las gafas, que por cierto envejecen por temporadas.

Lo que ha venido en llamarse la experiencia, no es otra cosa que la memoria y en parte la desconfianza obtenida a través de la memoria. Dicen que el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra. Eso debe ocurrirle al que no sabe recordar a tiempo, al que carece de experiencia para caminar por la vida, el camino más difícil y áspero, inevitable. Pero como todo no puede ser completo ni perfecto, de aquí que un exceso de experiencia llena al hombre de resabios ingratos, de natural desconfianza acerca de los demás, y le hace perder esa ingenua y generosa forma de entender la vida, amando y soñando.

Pero por mucho que el hombre intente actualizarse existen aspectos, costumbres, ideas, que lanzan al fondo profundo del tiempo el ancla de su permanencia. Un ejemplo de fácil comprobación. Todos los hombres mayores de cuarenta años se peinan hacia atrás, y en sentido contrario los que no llegan a los treinta. Después queda un tiempo intermedio que es un poco la indecisión entre las dos generaciones indicadas.

Es importante actualizarse. Tanto que corremos el riesgo de no ser entendidos en el lenguaje común de nuestros problemas. El pasado suele ser historia cuando afecta a una comuni-

dad o simple biografía cuando afecta a un hombre. No vale olvidarlo, como no podemos olvidar la casa de nuestra infancia, nuestra salida aventurera por el corral, como un nuevo Quijote de proyectos y sueños. Pero vivimos el tiempo nuevo. Este tiempo lleno de contrastes, del que podemos obtener la fórmula feliz para seguir viviendo. Porque el hombre construye su propio mundo, inasequible y maravilloso, en cualquier época de la historia de la humanidad.

Sigo creyendo que los números no nos proporcionan los datos exactos en la medida de las cosas, como la biología tampoco confirma las distintas manifestaciones de la vida porque siempre queda algo ignorado, caprichosamente oculto, absurdamente distante, que echa por tierra la base de cualquier cálculo.

¿Relatividad de la ciencia? Creo más bien que ese parcelamiento obligado de las ideas se debe a las difíciles condiciones en que se desarrolla el cerebro y a la dificultad de encontrar principios de universal aplicación. Nos asombra cuando al analizar los hechos más violentos y contradictorios que se han producido en la historia encontramos sus raíces en el desarrollo de unas ideas, de una teoría. Las guerras fueron siempre producidas en virtud de unas ideas, que al arraigar en el conocimiento popular son convenciones, esencialmente las mismas por las que se luchó desde los comienzos de la civilización. Acaso sin saberlo, en cada oportunidad que se presenta reaccionamos impulsados por una serie de conceptos básicos que constituyen nuestro ser formativo; conceptos que pueden ser propios en el sentido de su completa asimilación, o simplemente inspirados, en cuyo caso nos movemos como marionetas al compás de unos hilos superiores llevados de la mano des-

de la exposición de una novela o de un programa, concretamente político. Sí, la teoría maneja aún los resortes de este viejo mundo.

La teoría tiene un papel trascendente en la historia si llegamos a la conclusión de que sólo por un par de ideas subió Luis XVI a la guillotina; escribió D'Alembert aquel discurso preliminar de la Enciclopedia, bajo cuya farragosa literatura se ocultaba los móviles de la revolución; y que también por unas ideas se produjo un dos de mayo con la generosa aportación popular de los barrios más castizos de Madrid; fué capaz de mover el puñal asesino de los hermanos Karamazof o la lanza caballeresca de Don Quijote.

El ideario universal, con mayor alcance que aquel otro de Ganimet, ha hecho posible la renovación del mundo y la transmisión de la cultura a las nuevas generaciones sin que sea posible hablar de su decadencia. Ortega niega toda posibilidad de fracaso «mientras la idea de ayer sea corregida por la de hoy» y todo estriba en dar vitalidad a las cosas del pasado, actualizadas por nuestra conducta, aunque se incurra en los mismos errores, porque la historia, como dije en otros escritos es una joven de poca experiencia.

Von Uexküll escribió un interesante ensayo sobre este tema en el que ajustándose a una doctrina clara, dentro de la biología experimental frente al darwinismo, no consigue sin embargo liberarse del medio ambiente y así rechaza de su estudio una serie de elementos estimables para formular una concepción total del hombre.

Buscando sentido etimológico a la palabra hidalgo, encontraremos que representa nada más, ni nada menos, que ser hijo del alguien, cosa que bien acreditó el autor inmortal del Quijote, hijo también de sus propias obras, creador del caballero más cumplido y valiente de la Mancha, hasta el lastimoso extremo de ser casi más conocida, pongo por ejemplo, la descomunal batalla que tuvo Don Quijote con el Vizcaíno, que aquella otra en la que participara Miguel de Cervantes contra los turcos, y que le valió perder para siempre su mano izquierda, y dos balas incrustadas en el pecho. Porque Don Quijote, en su lucha con el Vizcaíno es el personaje principal, el héroe que perdona y el caballero que alcanza la gloria, mientras que Cervantes durante la lucha permanece en el anonimato de las fuerzas combatientes; es un soldado maltrecho con sueños de gloria al lado de aquel joven bastardo que acapara para sí la atención de la victoria de Lepanto: Don Juan de Austria, o de aquel capitán Urbina que iba al mando de la galera «Marquesa», escenario donde Cervantes representó una de las acciones más memorables de su afanosa vida.

Queremos deducir de esto que Don Quijote eclipsa en algunos momentos a Cervantes, hasta darse la circunstancia de que han surgido

más biógrafos de Don Quijote que de su autor, a pesar del paralelismo que a simple vista se comprueba entre las vidas de ambos, llenas de aventuras, contrastes, derrotas, fracasos, y victorias de sueños irrealizables. No cabe, pues, extrañar este interés por Miguel de Cervantes, hidalgo, como su famoso personaje, caballero español, hombre de Castilla y universal en su ideología como la España de Felipe II.

Nada nuevo pretendemos añadir a la biografía cervantina si no es la recordación perenne que merece, porque evocando los episodios principales de su vida, tal vez descubramos las mismas esencias y ahondemos en el alma soñadora, idealista, de Don Quijote. Uno sin el otro difícilmente puede entenderse, porque el manco de Lepanto estuvo a la misma altura de su obra, y si los hombres de su generación no supieron apreciar el genio, a nadie podemos reprocharlo, porque la proximidad de la luz deslumbra al hombre medio, y mucho menos podían verlo los zascandiles que nunca faltan para quienes la miopía es ceguera intencionada. Cervantes, genio de la raza, hubo de vivir entre mediocridades, incomprensiones, y largo tiempo en aquellos lugares «donde toda incomodidad tiene su asiento». Pero esto no resta brillo a la figura humana de Cervantes, muy al contrario, le proporciona el ambiente incómodo de los héroes y los mártires.

Acaso Cervantes, si las circunstancias le hubiesen sido más propicias, se hubiese convertido

en un profesor de idiomas, como hoy les denominamos, y en ello pudo iniciarse con las clases de castellano que dió al Cardenal Aquaviva, primero en Madrid y luego en Roma, en la sede del Vaticano. Sobre la vida de Cervantes existen puntos tan oscuros, tan llenos de compleja duda, que no debemos reprochar a biógrafos como Bruno Frank, de nacionalidad alemana, que busque el camino de la biografía novelada, porque poco puede avanzarse en la proximidad de la realidad, con cifras y datos escuetos, simples y rutinarios. Máxime, de quien como Cervantes vivió en la hidalguía próxima a la pobreza y al desencanto.

Hacemos estas observaciones en relación con el prólogo que Nicolás González Ruiz pone a la edición castellana de Bruno Frank. Que existen errores de apreciación son indudables, pero la obra pone de relieve la importancia que Cervantes, autor de novelas, poeta discutido y soldado de Castilla, ha tenido y tiene más allá de nuestras fronteras. Porque Don Quijote y Sancho son conocidos en todos los idiomas y han adquirido carta de naturaleza universal.

don quijote

Los términos de la valoración humana son bastantes contradictorios para buscar el fácil encasillado de las clasificaciones externas, y bueno será comprender que el alma gigante, que se desborda en generosidades, no necesita otra cosa que el ambiente propicio y el medio adecuado para encontrar su proyección más auténtica. Porque cuando los techos son bajos el gigante pierde altura y se convierte en pigmeo de aspiraciones cortas. Los otros, los que solamente en lo físico rebasan los límites normales, al exterior expresan esa valoración que de lo humano, venimos trazando, como aquellos que fueron lanceados por Don Quijote y que resultaron aspas de molino para la tozudez mezquina de Sancho.

Don Quijote, gigante de espíritu, nunca fué amigo de los gigantes de cuerpo, seguramente porque éstos simbolizan fuerza y Don Quijote fué amante de la dialéctica, aunque la suya no sirviera para convencer a nadie, salvo de su locura, ya que su fiel escudero prefiere, las más de las veces, no entrar en altas divagaciones que cansan a su imaginación prosaica y a su bolsillo práctico, aunque ese sentido práctico de Sancho consideramos que sería bastante discutible, pese a la intención de su inmortal autor, porque no puede decirse de un hombre que tenga sen-

tido práctico cuando acompaña en sus descabros y aventuras al más cumplido caballero de la noble Castilla, y cuando, con reiterado empeño, le sigue fiel a su locura, a sus andanzas y a sus palabras, no siempre comprensibles. Porque Don Quijote tiene el raro privilegio de la conversación aunque no mida la estatura de aquel con quien dialoga y confundiendo siempre, como en la aventura de los molinos, a los gigantes con pigmeos, y a éstos con aquéllos, porque en la vida también al exterior es fácil y frecuente ese trastoque de valores.

La historia es creadora de gigantes, aunque los más auténticos no suelen figurar en ella, porque la ambición, el talento y el ingenio suelen hacer historia, pero esos otros valores, en cierto sentido más humanos, como el amor, la caridad, la humildad y el cumplimiento más prosaico del deber quedan en ocasiones al margen de sus páginas, porque para encontrarlos sería necesario rebuscar en los rincones más apartados de un hogar o de una familia, tal vez modesta, en los sanatorios donde el dolor pone a prueba la fortaleza del espíritu, en las trincheras, junto a la guardia permanente de la defensa del ideal, o junto a la tierra pródiga, donde el surco satisfecho salta en generosas espigas, doradas al sol de la naturaleza renovadora. Porque gigante es el hombre bueno en medio de la charca que produce mosquitos o el cieno, que es lodo blando de infectas entrañas. Porque gigante es la sonrisa generosa del

que sufre. Porque gigante es la vocación suprema que tiende a mitigar el dolor ajeno. Porque gigante es el que pierde la luz de las pupilas, —en ceguera inevitable— y sigue viendo la belleza de los campos y los paisajes, el alegre colorido de las casas bajas junto a las huertas en flor. Porque gigante es el que penetra en los secretos de la vida, y siente cada mañana la ilusión de seguir viviendo, de seguir soñando, bajo las estrellas.

Tengo frente a mi mesa un curioso almanaque, que cuelga de la pared, donde de una sola mirada se abarcan todos los meses del año. Es una pequeña estadística. Los domingos se resaltan en rojo, como el alegre colorido de los días festivos; los demás, se tiñen en negro como expresión enlutada de nuestras faenas. Pero reflexionando sobre cada uno de ellos, sobre su trascendencia en nuestras vidas, comprendemos el inexpresivo contenido de las cosas que nos rodean. Existen días de este mismo almanaque que yo cubriría de luto en los que haría saltar las letras en un incontenible movimiento de revancha. Otros, sin embargo, fueron tan generosos, tan espléndidos en la marcha fija de su horario, que los convertiría en símbolo, en camino seguro de nuestras inquietudes.

Siempre vuelvo a las cuartillas para escribir sobre las imágenes que guarda la retina durante cada jornada. Escribir supone, la mayoría de las veces, poner en orden nuestras ideas, con un trabajo de selección, donde tanto influyen las propias aficiones; porque hablando de las ideas, como proceso mental, necesariamente inclinamos nuestra balanza hacia todo aquello que nos resulta amable.

Seguramente es debido a la hora avanzada de la noche en que me senté junto a esta mesa.

La hora me suena a notas de guitarras callejeras; a grillos de jardines. Desde fuera se oyen los pasos de un extraviado caminante, o el cansado motor de un coche que entra en el garaje. Todo es propicio para el ensueño, donde las cosas más insignificantes adquieren enorme importancia.

Así me sucede con este almanaque. En los bordes de los meses numerados aparecen los dibujos de una máquina de distintos modelos, que es la propaganda de una fábrica constructora. Se trata de tractores para el campo. Y ahora me parece percibir el olor de una alquería, desde la que se domina las enormes extensiones de un prado. La ciudad siempre nos está señalando el camino sencillo de los campos, hasta en esas palmeras que surgen detrás de los edificios. Y por contraste, el campo nos señala el ambicioso camino de la ciudad, con su comercio iluminado y con sus casinos, de cómoda burguesía.

Por mi afición, viviría en el campo, en cualquier aldea, con sus alegres campanarios; con una fuente en la cercanía de la montaña. Recuerdo un pueblo minero de la hermosa tierra asturiana. Las formas de vida varían totalmente de los pueblos agrícolas a los pueblos industriales. El carbón parecía salir de aquella tierra desde la misma superficie. Atrás quedaba Castilla, las llanuras de la Mancha, los viñedos, las tierras pardas de la meseta. También León, con sus prados y pastos para la abundante ganadería. Y en Asturias, en los pequeños caseríos, surgía

la tierra oscura, las grandes manchas carboníferas...

En estos pueblos todo gira en torno a la mina. No se habla de otra cosa y casi podríamos afirmar que tampoco existe otra preocupación. Las mujeres se guían por ella para el horario de sus faenas, preparando las comidas para llevarla a los obreros en el primer descanso de la jornada. Las conversaciones se desarrollan alrededor de las incidencias del trabajo. Las especialidades son variadas y cada obrero se consagra a una tarea. Vagoneros y tuberos, que trabajan en las galerías; los picadores en los pozos, y otros que utilizan explosivos, en la boca de la mina para su apertura. El carbón, lleno aún de impurezas, cuando se inician los primeros trabajos de extracción se extiende sobre la tierra próxima en grandes cantidades. Nunca pude suponer que aquellas tierras, oscuras, ennegrecidas, fuese debido a la primera extracción realizada en este lugar.

En otra ocasión escribí mis impresiones sobre el caserío asturiano, disperso, en pequeñas aldeas, desdibujadas por la lluvia y el barro en los meses de invierno. Los suecos, sostenidos por tres bases de madera, son la mejor defensa contra el barro. Con ellos, hombres y mujeres chapotean a lo largo de las carreteras y de los caminos vecinales. Pero estas aldeas quedan escondidas en los pliegues del terreno montañoso, lejos de las líneas férreas...

Amanece la ciudad cubierta por la nieve, que se extiende por los tejados de las viviendas y sobre el pavimento de las calles. El paisaje ha querido ocultar esta mañana a nuestra mirada, la belleza del césped que surge en cualquier trozo de la tierra o las verdes hojas que no arrasó el pasado otoño. Los árboles extienden sus brazos a los copos de la nieve, sin saber que en nada se asemejan a los acariciantes rayos del sol, que les dió la vida en estaciones más cálidas.

En las avenidas permanece la arboleda inmóvil; la naturaleza pierde su colorido, y, la savia de la vida parece detenerse. Todo nos resulta ahora distinto y hasta los ruidos callejeros dejan de percibirse, porque bajo la nieve sólo interrumpe el silencio, este viento, este viento que es como una proclama del invierno.

La literatura sobre este tema nos había convencido de la belleza de una ciudad cubierta por la nieve; la realidad me decepciona porque si alguien quisiera describir un paisaje desolado le bastaría con cubrirlo de blanco; nada hay más triste que esta falta de vida que se percibe bajo los copos de la nieve. Sentimos la ausencia de los colores, como si una ceguera óptica invadiera nuestra retina, porque tan falto de colorido es lo negro como lo blanco. Allí des-

aparecen las tonalidades del arco iris o los reflejos violáceos de una puesta de sol.

La nieve es propicia para el deporte, y, los hombres buscan estos días la montaña para deslizarse con los esquís, buscando las pendientes hacia el valle. Siempre hay alguna casa donde descansar y se cambia la camiseta bajo una nueva temperatura. Se trazan líneas sobre la nieve con alguna que otra caída, pero todo lo compensa ese fuego que abrasa las leñas en un extremo de la habitación haciendo reaccionar el cuerpo, y la taza de café que no resulta tan amargo como en otras ocasiones. El deporte de la nieve no sería tan practicado si no presentara mayores alicientes que la sensación de vacío que penetra en los oídos, y el viento que azota la cara.

La nieve me trae recuerdos de otras tierras, donde es frecuente la baja temperatura. Apenas amanecía y me conducía el coche hacia el pueblecito de Puigcerdá de la provincia de Gerona, próximo a la frontera; las luces del coche iban iluminando la carretera en donde quedaba la huella de las ruedas, y pudimos contemplar un paisaje de nacimiento navideño, en que el terreno se extendía bajo la nieve, semejando interminables pistas de patinaje. Más allá, las montañas, donde es difícil precisar en ocasiones a qué nación pertenecen. Tal vez sea la tierra de nadie, con su ausencia de banderas y de códigos sociales, donde imperan las fuerzas ciegas de la naturaleza.

Puigcerdá, es un pueblecito situado en el declive de una montaña, pues desde la estación se puede ver el caserío escalonado, con sus típicos balcones de madera. Existe un pequeño café, próximo a la estación, con amplios ventanales de cristal y pequeñas mesas, donde es lenta la espera hasta que abren las puertas de la Aduana. Más tarde, oímos por fin el silbato del tren, que pesadamente se pone en marcha, camino de Barcelona...

Cuando vemos la ciudad bajo la nieve, con ese aspecto tan sereno no podemos imaginarnos la tragedia que se encierra en pueblos que se han visto bloqueados por ella. La blancura de los campos se vuelve amenazadora cuando la nieve incomunica las carreteras, y hace imposible toda vida con el exterior. La naturaleza tiene, a veces, estos contrastes y es implacable en sus fuerzas de destrucción. El pintoresco pueblo de Airolo, al pie del San Gotardo, sufrió hace años las consecuencias lamentables de la nieve cuya altura pasaba de los quince metros según las noticias publicadas en aquella fecha.

El hombre, sin embargo, le ha disputado a la propia vida el dominio de las destrucciones, desencadenando las fuerzas atómicas. Pero, a pesar de ello, sigue la interrogante sobre la verdadera causa de estos males. Nacen, tal vez en el pensamiento del hombre, acaso en el corazón ¿quién sabe?.

En el alto Pirineo, a pocos kilómetros de Andorra, existe un pueblo pintoresco conocido por la ciudad de los castillos. En realidad un castillo semeja contemplado desde el valle de Seo de Urgel, uno de los más espléndidos de aquella zona en colorido y vegetación. Creo que muchas personas de las que acostumbran a veranear en estos deliciosos parajes, desconocen las tortuosas callejuelas y las huertas amuralladas de la ciudad de los castillos —«Castels Ciutat»—. Pero merece la pena conocerlo todo, porque el paisaje de la montaña conserva la belleza primitiva de su geografía intacta, donde en ciertas zonas sólo alcanza el paso de los «esquí» o la fatigosa marcha de los escaladores. Por eso la montaña es, sobre todo, deporte. Nieve o sendas desconocidas de excursiones veraniegas. Los extremos que en el paisaje se encuentran.

Durante unos meses viví en una casa que se hallaba situada cerca del río. Los dos afluentes, el Valira y el Segre, para mí resultaban lo mismo y entonces con frecuencia los confundía, y sigo confundiéndolos. La pesca de la trucha era un deporte atractivo e interesante. Pero me bastaba el paisaje, la arboleda húmeda y las marchas hacia el mirador más alto de la cadena de montañas. Seo de Urgel tiene, de por sí, en

los meses de verano, bastante atractivo para llevarse toda la atención del forastero. Sólo a las pocas semanas de instalado, empecé a observar en mis paseos la presencia de un castillo, que era en realidad un pueblecito aislado y primitivo, sin más contacto con el resto de la civilización que el correo que al atardecer llega a Seo de Urgel, de quien está separada por unos cinco kilómetros aproximadamente, y a ojos de buen cubero.

En aquellos cortos meses presté algunos servicios profesionales a un buen «payés» de la ciudad de los castellanos. El hombre de la montaña sabe ser agradecido. No quiso olvidar aquellos modestos servicios y fuí huésped de su casa durante una memorable tarde. La casa, de vieja madera, constaba de dos plantas, siendo destinada la parte baja para los animales, y la alta, para vivienda. Para estos hombre el ganado forma parte de un patrimonio inseparable y valioso. Una amplia ventana mostraba los ricos frutales de la huerta. Los muros altos ocultan, a distancia la pródiga vegetación de aquellas fincas. Realmente empezaba a percibir el contraste con el exterior.

Pero lo que me resultó más valioso en el gesto del «payés» fué nuestra introducción a su intimidad familiar. Un camino pocas veces recorrido. Llamó a su mujer, que trabajaba en la huerta; a su madre, una viejecita apergaminada por el sol y temblorosa en los primeros aleteos del invierno. La mesa estaba dispuesta. Su ri-

queza campesina allí estaba extendida como el mejor mantel de su cordial acogida. Las frutas variadas, con toda la gama del arco iris, como el atrayente colorido de un «bodegón». Las «truchas» recién pescadas en los afluentes, con sus escamas doradas al fuego lento. El cerdo, adornado y festivo. El vino espumoso, con sabor de champaña, en el destello luminoso del «porrón» que va de una a otra mano. El «payés» apenas se sentó, obsequioso con unos nuevos amigos, que ya no vería durante el invierno. Escudriñaba nuestros rostros para ver en ellos la aprobación sincera. Era como si de pronto encontrase a quien consultar el verdadero precio de sus riquezas hogareñas. Había oído elogios del vecino más pobre. Pero ahora tenía la oportunidad de conocer el criterio sano de un amigo forastero.

Al atardecer regresamos o Seo de Urgel, mientras arriba quedó como petrificado en la montaña el último saludo de mi amigo, el «payés», con su nobleza campechana y sencilla. Parecía el dueño de aquel castillo de exterior ruinoso que oculta la vida de un pueblo pintoresco. Desde mi casa, orientada hacia el otro extremo del valle, ya no divisé la ciudad de los castillos. Hasta mi ventana abierta al rumor de la noche llega el intenso olor de los jazmines y el ruido de unas piedras que arrastraban, al amparo de las sombras, las traidoras corrientes del río.

Habitualmente prefiero escribir con pluma, rechazando las líneas borrosas de cualquier lapicero. La tinta fija las letras, les imprime carácter, y hasta nos hacemos la ilusión de que podrá leerse fácilmente sobre ellas cuando transcurra el tiempo. Pero ahora elijo la máquina de escribir para evitar los borradores; ese continuo rectificar de una frase que anteriormente se expresó, de los signos de puntuación, de una idea que luego al releerla no nos parece tan luminosa como al principio. Ciertamente que la literatura precisa pulirse antes de presentarse en público, como cualquier doncella de buena sociedad, pero las ideas se torturan en las correcciones y no pocas veces llegan a truncar su contenido por falta de libertad en los conceptos. Corregir un párrafo, someterlo a una forma distinta de la inicial, equivale en ocasiones a desvirtuarlo, deformando su primitivo sentido que es siempre el verdadero. En torno a estos dos conceptos se desarrolla el mundo expresivo del hombre: la idea y la forma.

Comprobamos que el aspecto exterior de la palabra, los términos utilizados por el lenguaje, no son suficientes para aclarar con todo detalle la evolución experimentada por el pensamiento. Siempre se habló de la pobreza de cualquier diccionario, donde se ha de

recurrir a nombres o denominaciones similares que en definitiva no son los auténticos. En muchas ocasiones nos encontramos ante situaciones, objetos o cosas, que no sabemos llamar por su nombre, porque acaso no lo tienen.

Con la idea el proceso es distinto, seguramente por su carácter universal, donde no se hacen distinciones de idiomas, de lenguaje. Lo menos importante son aquí las palabras porque todo estriba en perfilar la visión general de cualquier problema, en sintetizar una serie de cuestiones dispersas dentro de un rápido proceso mental. Luego, al llegar a la parte expositiva, fracasa el intento, porque fallaron las palabras, porque la forma se revela a ser simple ropaje de bellos conceptos.

Por eso, apenas sin notarse, existe un natural pugilato entre la idea y la forma, ya que cuando domina una, languidece la otra. Basta leer un libro o un poema. Cuando se derrocha la palabra se suele decir muy pocas cosas; y sin embargo, cuando se retiene la loca carrera del lenguaje es posible expresar concretamente unas cuantas ideas.

En la medida justa ambas se complementan. No creo se pueda llegar a la conclusión de establecer una jerarquía entre estos dos valores del mundo expresivo. Difícil separarlas, aunque la palabra no se resiste frecuentemente a seguir sola su camino, carente de ideas y conceptos, como si le pesase llevar a costas todo aquello que constituye el ser reflexivo del hombre.

la voluntad

Sobre la voluntad se ha escrito mucho, y todos coinciden en reconocer las ventajas que proporciona en la obtención de determinados fines. Es muy posible que excelentes cualidades, fallan en su eficacia, faltando la voluntad.

Con frecuencia comprobamos esta realidad en los estudiantes. Un muchacho, por ejemplo, tiene memoria, inteligencia, dotes de exposición, etc., pero carece de voluntad para ajustarse a la disciplina de unas clases y para dedicar varias horas diarias al estudio. De poca cosa podrá servirle sus otras facultades ya que carece de la fuerza generadora de toda acción humana, entendiéndose por acción, no el eslabón aislado sino la cadena formativa, sin interrupción, que se va construyendo hasta lograr el objetivo propuesto.

Solamente en el hombre la acción tiene origen racional, y es la voluntad la encargada de dar cauce y orientación a unos propósitos aceptados por la inteligencia, que no pasarían de buenos deseos, e intenciones, sin ese estimulante de las cualidades del hombre. La voluntad, no solo sirve de valioso auxiliar para lograr sanos ideales, sino también para torcer y aniquilar la intención mezquina.

Por eso la voluntad se impone sobre las otras facultades humanas, y necesita como ninguna de ejercicio constante y de entusiasmo en

su aplicación. Es frecuente observar que personas que han realizado verdaderas proezas utilizando esta cualidad, en otras épocas, carecen de ella, si no en forma absoluta, sí por lo menos bastante atenuada.

Cuestión difícil de determinar es si la voluntad predomina en el hombre o en la mujer. Como cualidad normal es muy posible que la mujer obtiene lo que se propone, que equivale a poner en juego su propia fortaleza de ánimo. Pero en ciertas circunstancias, más difíciles, el hombre da muestras de guardar mayor energía, que debe exclusivamente, al propio dominio, que sólo sabe y puede ejercer la voluntad, dueña de todas las acciones y los pensamientos.

Aún aquellos actos que por su carácter parecen alejados de todo ejercicio anímico, con frecuencia necesitan de sus recursos para obtener el fin que nos hayamos trazado. Así en casi todos los deportes, la voluntad, determina con frecuencia el triunfo o la derrota. Las energías físicas, como tales, tienen un límite del que no es posible pasar. Para atravesar a nado el Canal de la Mancha no sólo ha sido preciso estar en condiciones atléticas y de entrenamiento. Estimamos que ha hecho falta también otro factor que siempre cuenta en el triunfo deportivo. Un afán de superación, un deseo de obtenerlo a toda costa, lo que mitiga la fatiga y hace posible la victoria.

Otro caso, que en las lides deportivas se ob-

serva con frecuencia, es el hecho de que jugadores de fútbol con magníficas posibilidades tienen tardes grises y hasta inexplicables para un observador normal. Sin embargo, otros, que los equipos no buscan su fichaje, en determinados momentos de la competición, brillan sobre el terreno con un ímpetu y un afán de victoria, que le hacen llegar sorteando a los demás hasta la puerta contraria. La explicación en la mayoría de los casos no es otra, sino que la voluntad ha encontrado verdaderos estimulantes. Los más diversos y extraños, pero que han sido suficientes para volcar su valioso contenido en la acción humana. La voluntad, que es capaz de mover montañas, también va trazando la línea segura y eficaz de la victoria sobre nosotros mismos.

Es frecuente encontrar en los periódicos y revistas secciones de correspondencia por amor. Algo así como el flechazo literario de gentes que escriben de sus propias virtudes. Una joven que se dice sensible, un caballero que se considera formal, una señora de edad que es muy hogareña. Creo que en más de una ocasión, el azar, que todo lo revuelve, ha proporcionado resultados excelentes. Se ha dicho y con frecuencia, que el matrimonio es un poco lotería. La verdad que uno apenas cree en esos sorteos con reintegro. La vida, el amor, el hogar, se construye y destruye por esa obra paciente, abnegada o inconsciente, según los casos, de ese ser incomprensible que es el hombre.

Pero si ustedes observan esas cartas, llamadas en solitario, podrán advertir que cada uno señala aquellas condiciones personales que mejor le amparan o caracterizan. Nadie dice que es hombre o mujer de mal carácter, o que le molesta la sociedad en que vive, o que tiene del amor un concepto distinto de la mayoría. Eso será necesario irlo descubriendo, como aquellos antiguos navegantes sin brújula... Quizá en eso consiste la atracción de lo desconocido. Si las gentes fuesen por la calle, llevando en el rostro, su egoísmo o su envidia, la verdad que la humanidad sería menos tolerable. Las cosas como

están, y bien dispuestas. Busque su otra mitad y sin complicaciones. Claro está que los pedidos a veces desorbitan todas las posibilidades. Hay quien no olvida la aportación de un piso o de un automóvil de lujo. Hay quien se conforma con la bondad o la inteligencia. Y no falta tampoco, quien solicita solamente felicidad.

Creo que estas secciones podrían servir de buen estudio a los que indagan en el carácter, a los que analizan, como si fuese un laboratorio, esas reacciones del ser humano. Qué difícil debe ser vivir en la soledad de nuestro tiempo. Se ha dicho que el hombre es un animal social o político en el concepto tradicional y aristotélico. Pero la realidad es que el hombre es, sobre todo, un animal hogareño. El amor es como un camino que abre la televisión en zapatillas.

Busque su otra mitad en la calle, en el cine, en una reunión social o en la correspondencia de un periódico. Cualquier medio puede ser bueno. El problema comienza cuando pone de relieve sus virtudes, y se engaña en sus defectos. Lo que más importa que salga a la superficie, para que lo arrastre la corriente. Lo bueno, debe quedar allí en el fondo, como una reserva, salvando la circunstancia adversa. Ocurre como en los actos heroicos. A veces sorprende por lo inesperado. El valor, la bondad, la inteligencia, no se pregonan. Son parte esencial del carácter o condiciones biológicas. Y siempre parecen que se ocultan en humilde retiro. La genialidad en

cambio, la brusquedad o el nivel educativo, el optimismo o la tristeza, parecen prontos a producirse hacia el exterior, sin consideraciones de clase alguna.

Resultan curiosas y anecdóticas estas cartas que a veces son llamadas de socorro. Es una especie de lucha, no comprensible, contra el solitario monólogo de los que viven al margen del amor. Cuando comienza el camino, nos imaginamos que la experiencia —la virtud de los años— nos irá proporcionando el conocimiento del ser humano. Tenemos que reconocer nuestra ignorancia. No le comprendemos en amplios aspectos. El lenguaje se complica. El diálogo se convierte, las más de las veces, en el magisterio del más listo; y el amor, sigue esperando siempre la contestación de una carta sin remite.

imitación

Los chicos juegan en la terraza, y desde aquí oigo sus voces. Por la maravilla de la infancia, no se tiene con plena lucidez exacto sentido de las cosas. Y sin embargo, inducen, con presentida claridad muchas cuestiones, sólo reservadas a inteligencias plenamente desarrolladas en determinada edad.

Sus juegos son en ocasiones la grotesca representación de una función de teatro que presenciaron la tarde anterior, un desfile militar, un partido de fútbol. Todo lo espectacular y de visiones elementales, que atrae al niño como un juguete sorprendente y desconocido. Por eso es tan fundamental el ambiente de que se rodea estos primeros años de la vida, porque se hace entrega total de las emociones, de los sentimientos, sin reservas, como una identificación constante con el mundo exterior, carente aún de determinados recursos, que adquiere el hombre para no ser empujado al compás de las circunstancias.

Pero lo más atrayente, también lo más doloroso, se aleja de la infancia. La vida interior más intensa. Acaso Goethe comparaba estas variaciones emocionales para afirmar que añadir ciencia es añadir dolor; que todo conocimiento trae consigo una pesadumbre. Sin embargo, es el mejor recurso de que se dispone

para la lucha con el exterior, que trata de vencer y dominar, bajo mil formas, en múltiples apariencias. Porque sobre la humanidad pesó siempre una serie de fuerzas contradictorias, a las que se opuso los valores de adaptación que posee ese ser curioso, extraordinario en ocasiones, otras mezquino, que es el hombre. La naturaleza fué su primer enemigo. No la llegó a vencer pero se adaptó a ella. No bastaba la inteligencia de que fué dotado. Era necesario también la intervención de la voluntad.

Ahora los chicos juegan a ser mayores. En muchos constituye una verdadera obsesión. Todos quisimos entonces «jugar a los negocios, como papá». Escribir en el teclado grande de una máquina de oficina. Utilizar la pipa sentados comodamente en el sillón de orejas. Y, sobre todo, poseer una cartera de cuero llena de papeles importantes, no aquella deslucida, pequeña, acartonada de la escuela.

El instinto que primariamente se desarrolla en el niño es el de la imitación. Se imitan actitudes, conversaciones, gestos, palabras. Hasta la letra, en la copia exacta de las caligrafías. Más tarde, con marcadas diferencias según las personas, toda va teniendo un sello personal, una nota distintiva. Pero el sentido de la imitación, perdura, aunque con un carácter más consciente y voluntario.

Analícemos, brevemente, qué representan las escuelas literarias, las asociaciones de todo orden. Seguir una misma idea. Aceptar la nor-

ma universal de una conducta. Imitar en definitiva. Se imita en arte, en literatura, y en los negocios. La competencia no es en realidad otra cosa que ponerse al nivel del adversario, utilizar sus medios de propaganda para mejorarlos. Y en todo esto, inevitablemente, se imita, se copia con ligeras variaciones.

Frecuentemente se habla del plagio, que es la forma más ridícula de la imitación. Pero no se observa que también existen otras formas menos visibles. Se plagian ideas, conceptos, conductas... Y el niño impulsado por el mundo de los sentidos, comienza su vida plagiando todo lo bueno y malo que gira a su alrededor.

Nunca me convencieron los títulos póstumos, los que se dan cuando uno no puede enterarse, ni tan siquiera sonrojarse con los discursos a propósito y los adjetivos en abundancia. Acaso el único que se salva es el heroico comportamiento en hechos de guerra y eso, por la razón, de que suele ser simultánea la causa y el efecto, el valor que se ofrece y la recompensa inmediata justificada. El héroe en la guerra no tiene tiempo para más. Pero hay vidas dilatadas que permiten conceder el premio, alcanzar la fama, y lo que es más importante, el justo reconocimiento ajeno...

Pero es necesario que el hombre se muera para que surjan las alabanzas, se olviden los defectos y el coro de la calle afirme, sin regateos: «Y era una buena persona...». Mientras, hace de las suyas, la envidia, ese mal que Schopenhauer en su obra «eudemonología» consideraba un vicio fácil de corregir, como en la vieja fábula, contemplando a los amigos en la desgracia, los que se encuentran en peores condiciones, los que sufren. Acaso la envidia, para quien la conozca, el remedio pueda ser la caridad buscando en el alma sus resortes más íntimos. Mientras hace de las suyas, el orgullo, que es la valoración excesiva de sí mismo siempre con escasos méritos. Mientras hace de las

suyas, el egoísmo, que es cerrar el mundo en las cortas fronteras de la propia personalidad, sin importarle un ardite el bien ajeno. Mientras hace de las suyas, la injusticia, que es negar a los demás su talento, sus cualidades, sus virtudes y hallar siempre la fórmula para postergarle, para arrinconarle en el desván inútil de la mediocridad.

Sin embargo el coro no falla a la hora póstuma: «Y era una buena persona...». Por eso debemos adelantarnos a reconocer méritos ajenos y virtudes donde se encuentren, entre otras cosas, para no llegar tarde o nunca. Las calles, por ejemplo, se suelen rotular con nombres pretéritos, seguramente en el deseo de no equivocarse y hacer historia; pero valdría la pena revisar viejas posiciones que aunque la vanidad, es también un vicio, y recordamos «El criterio» de Balmes, por cierto bastante extendido, puede quedar en simple satisfacción, en pago de deuda, la pequeña vanidad que tiene sentido de justicia, el mejor bien de todos al decir de Hesiodo... No debemos ser cortos al momento del elogio, ni sentir pena al bien ajeno, y es que la generosidad mata la envidia, que todo lo enturbia y corroe. Porque esas alabanzas postreras ya no sirven, ni pueden escucharse. La tierra ha volcado su pala infinita sobre la biología deshecha y el alma se encuentra liberada.

El error es viejo, como la historia, y en aquellos tiempos del bajo Nilo —faraones y pirámides— los deudos llevaban a sus muertos

viandas y manjares, cuando quizá en vida le negaron lo más indispensable. Cierto que la muerte sorprende, cuando menos se espera, pero hasta la muerte puede combatirse con la justicia de los hombres; justicia que da a cada uno lo que es suyo y le pertenece durante la vida.

la noche

Estoy convencido que el silencio, como le debe ocurrir a otros tantos, es mi mejor colaborador. Por eso prefiero escribir de noche. La conciencia a solas dictando lo bueno y recordando lo malo; repitiendo a voces lo que hemos callado, rectificando los errores, aplaudiendo los aciertos.

A esta hora, un poco encrucijada entre la vigilia y el sueño, voy hilvanando el pasado, el mejor material para cualquier empresa creadora. Escribir de noche equivale a ennegrecer nuestra pluma; concebimos las situaciones con tintas más fuertes; sentimos proyectar nuestro «yo», mitad diario, mitad memorias, hacia el exterior, en la inevitable exigencia de hablar un poco de nosotros mismos. De día en cambio tenemos ocasión de hablar o escribir sobre los demás, sobre problemas ajenos, sobre este mundo que nos rodea. Un panorama nada consolador. Europa que se siente herida en los cimientos de sus viejas civilizaciones. Asia que se convulsiona en oleadas bélicas, en Vietnam donde una paz duradera es cada vez más difícil.

Al llegar la noche nos hemos alejado de todo y de todos. Hemos cerrado el portal con el mundo exterior, que en tan pequeña parte contemplamos desde una ventana que es la visión lejana de las cosas, aunque ahora la veamos con mayor claridad. Porque el pensamiento es-

clarece y distingue los perfiles de cada problema. La soledad, el silencio es el medio más eficaz para reflexionar sobre las diarias incidencias, y para encontrarnos nosotros mismos, un poco dispersos, como ausentes, durante las sensaciones experimentadas en el día.

La hora es avanzada, según parece gritarme ese reloj de pared que frente a mi mesa de trabajo también permanece despierto. Sus manecillas no interrumpen la marcha giratoria, salvo cuando se rompe el mecanismo, en un ¡jay! silencioso, gris, indiferente. El corazón de las cosas, menos atormentado que el nuestro, deja de sufrir sin dejar la huella de su paso, reconociendo el modesto papel que desempeña. El corazón humano, más complicado que el mecanismo de un reloj, percibe los violentos choques con más daño, que el desgaste biológico de su propio uso como fuente de energía.

Hago recuerdo de los que permanecen alerta en la noche, desde el centinela, el sereno, o el familiar que vela a la cabecera del enfermo, cumplidores de sus deberes, hasta el sigiloso ladrón amparado en las sombras. Un mundo que permanece despierto mientras duerme la otra mitad. Unos vigilando su sueño. Otros intentando perturbarlo. Es la línea divisoria que separa la virtud del crimen; el día de la noche, sin posibilidad de acuerdo. Sin más contacto que la condición humana que a todos define aunque no esclaviza.

Llegar al final de algo es sentir un alivio a la sensibilidad agotada. En el deporte, la meta es el logro de un objetivo propuesto. Escribir, como en este caso, las últimas páginas de un libro, es terminar una tarea, meditada en el tiempo, y situada en el corto espacio de una vida cualquiera. Pero aquí no termina nada y empieza todo. La realidad comienza cuando el sueño termina. Despertar de una pesadilla es abrir los ojos al amanecer, sin sombras pero también sin estrellas. Porque cuando surge el sueño del que tiene ilusiones y esperanzas, parece como si la realidad se desvanece, se destruye a sí misma. Siempre estamos a las puertas de un mundo nuevo, que es el mundo del porvenir, y el azar tiene un especial interés en ocultarse, trazando la incógnita en torno a la vida del hombre y a su propio destino. Nadie sabe nada sobre su mañana próximo. Siempre estamos jugando a la suerte de nuestro encuentro con la felicidad o la tragedia, esperando en la mediocre rutina de una vida organizada.

Amar a Dios en la conciencia profunda. Porque un sentido debe tener todo esto, este caótico engranaje, que parece la civilización hundida en los abismos de una ciencia que también destruye. Porque el hombre ha llegado a la Luna y proyecta viajar de nuevo hacia otras

conquistas del espacio infinito. Pero la realidad es que no ha llegado a ninguna parte. Ahí está a los millones de años-luz, en lo inasequible. No ha logrado encontrarse a sí mismo, y su propia técnica, su corta sabiduría se revuelve; se alza en extraña rebelión de conceptos y cifras.

La soberbia consiste en el pecado capital de lo ingenuo. Quizá, en aquel concepto que de la Filosofía tiene Schopenhauer «el conocimiento incondicionado de la esencia del mundo», porque ninguna actitud me parece más ingenua que, con tan cortos y limitados medios, llegar, nada menos, que a la esencia del mundo. Aquí sería conveniente para una comprensión razonada, sustituir el verbo ser, por el más contradictorio de «estar». El hombre no resulta en esencia natural y definible. Sin embargo, permanece, es una criatura que ocupa en la materia un espacio, está inmóvil o en plena actividad biológica, desempeñando una tarea no fácilmente admisible a su inteligencia. Lo esencial en las cosas resulta, en principio, más comprensible a la razón. El resultado de sumar elementos simples, disgregar el compuesto hasta llegar a la célula o a la más reducida de las expresiones embrionarias. El análisis cuando se trata de la materia, quizá abordando las últimas consecuencias, formidables, del átomo. Pero el hombre no es solamente un compuesto que se disgrega, materia que se deshace. El hombre no es únicamente un sistema nervioso vegetativo o una estructuración ósea... Eso sería valedero en

el terreno comunitario del dolor o la enfermedad. Pero existen distingos notables. La pasión que impulsa, el instinto que a veces destruye, el amor que fructifica, la idea que obsesiona. La dificultad empieza, cuando concedemos al ser humano el privilegio de situarle en la alta escala zoológica del ser pensante.

En el fondo el problema se debate en las ansias incontenibles, en la egolatría de un ser imperfecto. Estamos pidiendo más felicidad de la razonable. El inconformismo es una actitud creadora, pero poco consistente. El pesimismo de Schopenhauer se muestra de nuevo en esta reflexión suya: «...nuestra existencia es considerada como la consecuencia de una culpa, de una caída. Si nos familiarizamos con este pensamiento, no esperaremos de la vida más de lo que ella puede dar, y lejos de tener como cosa insospechada, contraria a la regla, sus contradicciones, torturas, miserias, grandes o pequeñas, se las considerará por completo dentro del orden, sabiendo bien que aquí abajo cada uno soporta la pena de su existencia, y cada cual a su manera».

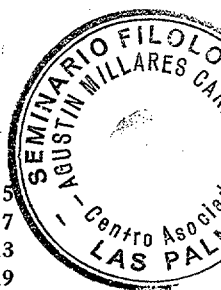
El hombre ha pretendido demasiado, sin desconocer las ventajas que para la civilización ha producido la exaltación de la personalidad. Porque ha sido necesario, para avanzar, para alcanzar la Luna, la afirmación rotunda del «yo», sobre cualquier otra consideración o estímulo. La sabiduría, así considerada, es el esfuerzo de la humanidad por singularizarse en la historia.

La colmena está en plena labor, pero una abeja deja su celdilla para remontarse un poco sobre el enjambre. Ciertamente que luego retornará a la rutina laboriosa de un esquema que aprisiona, pero mientras, distinguió en el vuelo, el placer de los dioses inútiles, la envidia ajena, la admiración de los que siempre quedan, sin remedio, para su gozo, a la misma altura de la tierra.

Vivir o morir ya no queda en la inquieta interrogante de Hamlet. Es una sucesión natural, razonable por tanto, de conceptos opuestos pero nunca contradictorios. Vivir es una constante esperanza indefinible, un impulso de felicidad. Morir es la quietud sin horas, tal vez, al final, la felicidad misma.

INDICE

Prólogo	5
Estructuras	7
Humanismo	13
Rebeldías.	19
Dos tiempos	21
Diálogo	25
Rutina	27
Crucigramas	31
Vocación	35
Azorín	39
Pemán	43
Madrileñismo	47
Salamanca	51
Ortega	55
Gran Canaria	59
El Puerto.	63
La Alameda	67
Noche en la Ciudad	71
La Laguna	73
Puerto de la Cruz	79
Intelectuales	83
Crisis	87
La vieja Inglaterra	91
Felicidad	93
Acertijos	97
Sin huella	101
Juventud	103
Bocetos	111
Enemigo	115
Roma	117
Biología humana	121
Barracas	125
Castilla	129
Toledo	133
Burgos	137



Tierras de la Rioja	141
Barcelona	145
Valencia	149
Pontevedra	153
Lotería	157
Clases pasivas	159
Turismo	163
Lenguaje	167
Presente	171
Pasado	175
Las ideas.	179
Cervantes	181
Don Quijote	185
Pueblos	189
La nieve	193
Seo de Urgel	197
Lo expresivo	201
La voluntad	203
Amor	207
Imitación.	211
Elogio	215
La noche.	219
Final	221

**Este libro se terminó de imprimir
en los Talleres de Pedro Lezcano
el 31 de Diciembre de 1969.**



RES HERNANDEZ NAVARRO: HORIZONTES NUEVOS

Precio: 150 Ptas.

BIG
860-4
HER
hor

